BIOGRAFIA

—DEL—

GRAL. DON TOMAS MARTINEZ

M. —70.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

DEDICATORIA

A la juventud nicaragüense, objeto de mi estimación, a quien he dedicado mis imperfectos trabajos literarios, dedico también el presente, que espero recibirá con gusto, no por la amenidad del estilo, si no por el deseo de conocer los sucesos pasados.

Anaxágoras decía: *Más quiero un conocimiento, que un talento de oro*, y si hoy por un cambio lastimoso de ideas se considera preferible el dinero a la ciencia, hay muchas almas superiores que piensan lo contrario. Si el gran filósofo, pues, hacía tan elevado aprecio de los conocimientos, creo que vosotros emplearéis la paciencia necesaria para leer esta biografía en pos de alguna verdad que os sirva en vuestra carrera.

No ha faltado quien diga que yo, deudo político del Gral. Martínez, no debía ocuparme de su biografía; cuya recusación he oído en calma, porque no he creído que merezca la pena de refutarla. La cuestión es decir la verdad, importando poco que el que la diga tenga esta o aquella relación con la persona a quien se refiere; y de allí es que en Europa, en América, y en todo el mundo culto, antiguos y modernos han escrito, no digamos la vida de sus allegados, sino la suya propia.

Por otra parte, no tengo la presunción de que mi narración sea el fallo de la Historia, pues mil veces he dicho que escribo apuntamientos, que refiero la tradición, que recojo los materiales diseminados dentro y fuera de la República, para que, si pareciesen útiles, los emplee el historiador en la grande obra.

Muy equivocados están los que de buena fe han creído que yo, por ser deudo de Martínez, no podría ser más que su panegirista; equivocados, digo, porque bien sé que ni los más famosos escritores pueden tergiversar la verdad de la historia. Por eso no he atribuído al citado Martínez si no los hechos

COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

mismos que le han atribuído con encomios o vituperios todos los partidos y todos los hombres que han desempeñado un rol más o menos importante en el país. En esta época de publicidad, en que la imprenta divulga y esclarece todo, es casi imposible inventar o tergiversar los hechos, sin que la ficción no se descubra en el crisol de la historia.

Puedo asegurar más bien que detenido por los vínculos de familia no he pintado con los debidos colores varias faces de la vida que he bosquejado, y de que otros han hablado y escrito con la plenitud del pensamiento. Don Enrique Guzmán, por ejemplo, enemigo acérrimo de Martínez, en una sola frase de la *Semblanza de Jerez*, que leímos, en estos días, tributó a aquél un elogio que verdaderamente creo excesivo. Al hablar de la Junta de Gobierno, dijo: que Martínez era *el conocedor más profundo de las cincuenta mil bellaquerías de la política centroamericana*. ¿No es verdad que le presentó como el primer hombre público de la América del Centro?

Sea lo que fuere, jóvenes amigos míos, aceptad mi ofrenda, no por su mérito, sino por la voluntad con que os la presento. Leed en los momentos de ocio; disimulad los defectos y buscad lo positivo, como el minero inteligente busca el grano de oro entre la tierra que lo contiene. Tened presente que los jóvenes de hoy serán los hombres de mañana, a quienes está reservado el destino de la sociedad, y que sabrán regirla, si conocen bien los caminos que transitaron los hombres de ayer.

Vuestro amigo y servidor,

Jerónimo Pérez.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Biografía del Gral. Tomás Martínez.

Su nacimiento. juventud y profesión.

Don Joaquín Martínez, vecino de León, casó con doña María Guerrero, de Granada, nieta de doña Rafaela Mora, la heroína que defendió El Castillo contra los ingleses que pretendieron tomarlo por asalto.

Este matrimonio, cuando los movimientos precursores a la Independencia, padeció lo mismo que todas las familias principales, la indignación del populacho, que las obligó a emigrar de las grandes poblaciones, ya a los montes o a los pueblos distantes de los focos de la revolución.

Doña María alumbró su segundo hijo en Nagarote, donde permanecía, el 21 de diciembre de 1820.

El niño fué bautizado con el nombre de Tomás.

Su padre le quería tanto, que le llevaba a todos sus viajes de comercio. La noche de la sangrienta acción de la *Cebadilla*, don Joaquín se hallaba allí de tránsito, y temeroso más por la vida de su hijo que por la propia, le ocultó bajo los aparejos de las mulas que conducían su carga.

Algunos años después, viniendo de la frontera de Honduras, llegó a una hacienda en donde resolvió pasar la noche inmediata. En seguida mandó al citado hijo que diese agua a las bestias en un río o estero cercano. Este se bañó, y cuando iba a vestirse sobre las raíces de un árbol, sintió que un animal le había asido de una pierna y que pretendía llevárselo, como en efecto habría sucedido, si el joven no hubiera abrazado el mencionado árbol. El padre, notando la dilación, fuése a ver a su hijo, e instintivamente, cuando notó el conflicto, sacó un puñal y vestido como iba se lanzó al agua y logró salvarle. Contaba él mismo que era un lagarto el que le tuvo agarrado, y que no le arrancó del árbol porque sólo tiraba con fuerza

COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C.A.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

cuando el joven pretendía sustraerse. Nunca desaparecieron las cicatrices de las heridas que le causó el referido animal.

En los primeros tiempos de la República, la instrucción, especialmente la secundaria, era difícil. La primaria la obtuvo Martínez en una escuela privada que servía el Pbro. Joaquín González, de la cual le sacaron los padres por un castigo muy rudo que le dió, rompiéndole una mano a palmetazos. A continuación le dedicaron a estudios mayores; pero las vicisitudes políticas y la poca inclinación a las letras no le permitieron progreso en tan noble carrera.

Su inclinación era al comercio y a los viajes, nacida de la costumbre de su padre de llevarlo desde niño a dondequiera que le llamaban sus pequeños negocios.

Fermín, hermano mayor de Tomás, peleó a la lucha con un joven que le venció, echándole al suelo y comprimiéndole de modo que parecía ahorcarle. Tomás llegó en ese momento y viendo a su hermano en tal apuro, sacó un trompo y dió con el pullón en la cabeza al vencedor.

Al verle bañado en sangre y que se encaminaba a quejarse, Martínez pensó en el terrible castigo que le impondrían sus padres, y resolvió fugarse. Estuvo en Honduras, El Salvador y en Guatemala, en cuya capital permaneció el mayor tiempo al lado de los señores Licenciados don Mariano y don Norberto Ramírez, sus parientes inmediatos, que le acogieron en su habitación.

Allá aprendió la zapatería, no sólo para hacer su calzado, sino para *ganar la vida* siempre que le fuese necesario.

Al fin volvió a León donde vivía la madre y familia, pues el padre había muerto. Por fortuna la madre era de carácter elevado, y no queriendo que su hijo permaneciese en León, entonces tan combatido por las revoluciones y tan desmoralizado por los partidos, prefirió colocarlo dependiente de don Pedro Pablo Alvarado, comerciante costarricense que le destinó a varias expediciones y a servir una tienda que tenía con mercancías y con una tercena de tabaco.

Martínez sacaba de su sueldo una parte para socorrer a la madre, conservando el resto para formar un fondo, con el que pensaba emprender oportunamente negocios de su cuenta.

Tan satisfecho estaba el señor Alvarado de su dependiente, que se manifestó inconforme cuando le externó la resolución de retirarse de su servicio para realizar un viaje que había proyectado.

En efecto, marchó para Belice, obteniendo buen éxito en la ida y en el retorno, de modo que habría tenido pronto un pequeño capital sin el incidente que le sobrevino. Estando de tránsito en un pueblo de Honduras llegó una partida de facciosos y le obligaron a tomar arma contra una expedición del Gobierno que los perseguía, la cual los atacó y derrotó. Mar-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tínez fué tomado prisionero, y salvó la vida patentizando su inocencia y el motivo de encontrarse en aquel punto; pero sus pocos intereses, en la mayor parte, fueron tomados por los vencidos y por los vencedores.

Mas no desmayó: otra y otra vez volvió a Belice, de suerte que en poco tiempo repuso las pérdidas y adquirió algo más. Entonces sufrió un nuevo retroceso a consecuencia del hurto de una cantidad considerable que le hicieron en camino para Trujillo.

Por estos y otros fracasos posteriores decía el mismo: «Yo he trabajado más de lo necesario para tener un capital; pero quizá con nadie ha sido tan inconstante la fortuna».

Empeñado se hallaba en Honduras en sus varios negocios cuando supo la muerte de su hermano Fermín. Este, seducido por el brillo que Muñoz había dado a la carrera militar, la adoptó con entusiasmo contra la voluntad de su hermano, que detestando las armas, le hacía ofrecimientos de toda clase para sustraerlo. Entre los muchos medios que puso, valiéndose de la madre, fué suplicarle al propio General; pero éste le estimaba como uno de sus jefes distinguidos, bizarro en su físico y bizarro en el combate.

El fué destinado a mantener el orden y a defender la plaza de Rivas, cuando el Estado se hallaba terriblemente agitado por la revolución de *timbucos* y *calandracas*, apoyados éstos en el Gobierno de Guerrero y en el mismo Muñoz, hasta que cambiado aquél por Ramírez, hombre de orden, y los calandracas desbordados, tuvo Muñoz necesidad de obrar en combinación con los timbucos para deshacer su propia hechura.

Martínez (Fermín) se había captado el aprecio de la sociedad de Rivas, y tanto por esto como por el terror que inspiraba el populacho desenfrenado, ocurrieron muchos a la plaza en el momento que se presentó la crecida facción de Somoza. Este caudillo, demasiado intrépido, lanzaba a los suyos por todas las calles, y en todas era rechazado por la espada de Martínez.

Convencidos los jefes de la revolución de semejante obstáculo para su triunfo, apostaron cazadores, que pusieron término a la vida de Martínez, en un lance en que, montado a caballo inspeccionaba el campo enemigo. La muerte de éste y el triunfo de aquéllos sonaron a la misma hora... Pocos días después llegó Muñoz con sus tropas, derrotó a Somoza, y éste y otros perecieron en el cadalzo, conducidos por el mismo que les dió pávulo para levantarse.

Martínez (Tomás) dejó abandonados sus negocios en Honduras; vino a León, pasó a Rivas, y de regreso resolvió vivir en el seno, o cerca de su familia, reducida a la madre y tres hermanas. A aquella la respetaba y estimaba como si se hubiera creado bajo su mano; a éstas las quería, como si hubiera

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pasado con ellas la niñez y la juventud. Desde entonces se constituyó jefe de la familia, siendo el consuelo de la madre, y más que hermano, parecía el padre de sus hermanas.

Buen hijo, excelente hermano; dos bellas y grandes cualidades que distinguieron a Martínez desde el principio hasta el fin de su vida, a pesar de sus cambios de estado y profesión, y que nunca le negó ni el espíritu de partido más encarnizado. El amor filial y el fraternal, aunque son deberes, son bellos por la ternura y grandes por las consecuencias, pues el buen hijo y buen hermano indudablemente será buen esposo, buen padre y más todavía buen ciudadano. Esta verdad tan reconocida la expresó poéticamente Lamartine, diciendo: «El hombre vive siempre envuelto en los pañales de su cuna».

Para llevar a efecto su nueva resolución, marchó a Honduras luego que dejó a su familia un tanto consolada de la desgracia que había experimentado; arregló definitivamente sus negocios en dicho Estado, y volvió a incorporarse con su precitada familia.

Mas su temperamento no le permitía una vida sedentaria; acostumbraba ir a El Salvador en los tiempos de *feria*, y en el interior del país viajaba a los pueblos, a donde le llamaba algún interés, especialmente a Matagalpa por el laboreo de minas, en cuyo ramo había adquirido gusto y conocimientos todo el tiempo que residió en Honduras.

En esa época aún no se habían descubierto las minas de oro de Chontales, o por lo menos no se sabía su riqueza, de suerte que las de plata, de plomo, y algunas pocas de oro de baja calidad que se explotaban en Matagalpa, eran las que atraían a los aficionados al mencionado ramo.

De allí resultó que Martínez conociese bien aquel departamento; que contrajese relaciones de amistad en todos los pueblos, y que él mismo fuese conocido y apreciado por las sociedades principales de aquellos lugares.

El Gobierno, sabedor del buen concepto que disfrutaba entre aquellos habitantes, le nombró Prefecto del Departamento, cuyo empleo desempeñó algún tiempo por corresponder a la confianza que se le depositaba, y satisfacer las exigencias de sus amigos.

Martínez no se creía llamado a la vida pública, y así era que tanto detestaba la política, como las armas. La vida privada, el comercio y la minería eran su encanto, ya porque encontrase en ellas muchas simpatías por su carácter, ya porque se creyese incompetente para otra profesión.

Bien establecida tenía su casa de comercio en León, cuando estalló la revolución de 1854, y ni siquiera pensó tomar participio, de suerte que no temió lo menos cuando los vencedores en El Pozo entraron triunfantes a la plaza de dicha ciudad.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Por pura precaución se trasladó a la casa de Livingston, sin comprender que las revoluciones proclaman siempre este principio: «El que no es conmigo, contra mí es». Martínez había visitado a Chamorro, amigo antiguo de la madre, la cual no podía ocultar sus simpatías por Granada, lugar de su nacimiento. Así fué que el día siguiente llegó un oficial con orden de sacar una yegua del mismo Martínez, que había sido vista, y éste la apreciaba en el mayor grado porque se la había obsequiado su hermano Fermín poco antes de su muerte, por cuyo motivo suplicó a la esposa de Livingston que no la entregase. En efecto, la señora, como extranjera, pudo resistir la orden. En esta yegua entró Martínez a todos los combates y la consevó con predilección hasta su muerte.

La orden referida le hizo comprender que debía quitarse de dicho escondite, y a la noche siguiente salió con don Luis Molina que también estaba oculto en la propia casa, con dirección a una hacienda de los señores Carcaches donde permaneció poco tiempo, porque hostigado de aquella vida, dijo que era preferible estar en León. Se vino en efecto, y no tardó en arrepentirse por la nota de legitimistas que llevaba su casa. Don Anselmo Rivas, preso en León y sin relaciones, era servido por la madre de Martínez, quien trabajaba por salvarle, cuanto le era posible. Desde luego esta conducta era marcada por los revolucionarios, y si de ella hacemos reminiscencia, es porque está enlazada con hechos ulteriores.

Así fué que Martínez resolvió emigrar, calculando que por su carácter podía sobrevenirle una desgracia. En cierta ocasión se hallaba un infeliz guarecido bajo una ventana de un aguacero que caía, y un soldado con un puñal queriendo asesinarle si no le daba dos reales que le pedía. Al verle aquél tomó un rifle y dijo al malhechor: «Si tocas a ese pobre, mueres tú también»; y se lo dijo con tal acento de firmeza, que el soldado se retiró.

Bien pues, salió de León, y reveló a la madre que se dirigía a Belice, si no encontraba ocasión de prestar sus servicios al Gobierno.

Habiéndose ido, decía la madre: «Mi hijo marcha a la muerte, o a la gloria, pues es todo un hombre». Y como advirtió sin duda alguna incredulidad, contó esta especie: «Cuando Tomás era niño le salió en la frente un tumor, que por su progreso dió serios temores a su padre, el cual le condujo a Granada, según parece, para que le viera un señor Iméri, quien manifestó desde luego la necesidad de una operación quirúrjica. En tal virtud, procedió a ella haciendo una incisión en cruz, separando la piel de la carne, y luego el tumor desde sus raíces, hasta que pudo asirlo y sustraerlo. El niño, bañado en sangre, sólo hacía contracciones en el rostro, mirando al cirujano, sin alzar las manos, que quisieron tenerle al principio, y que no

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

lo permitió. El señor Iméri les dijo asombrado: «Nunca he visto tanto sufrimiento en un paciente de tan corta edad». Esta cicatriz se le vió siempre, aunque en distinto lugar, en la espaciosa frente con que le adornó la naturaleza. Si en vez de biógrafos fuéramos poetas, diríamos que en esta operación fué bautizado con su propia sangre y bajo el estandarte de la cruz, el futuro defensor de la legitimidad, de la autonomía de Centro América contra el filibusterismo, y restaurador del orden constitucional en Nicaragua.

Martínez en la Guerra Civil. (1)

Llegó a Matagalpa, y habiendo ocurrido la derrota de Palacagüina, pasó a Granada de segundo jefe de Cachirulito, y queriendo ir a la expedición sobre El Castillo, el General Chamorro le dijo: «*En la guerra no pida ni rehuse viaje*», por lo cual retornó en su misma posición de segundo jefe, de suerte que ni él ni Cachirulito iban satisfechos, pues éste dijo: «Llevo de segundo a uno que estaría más propio para una compañía de mujeres», aludiendo a que Martínez no era propio para una campaña. El 2 de diciembre (1854) sucedió la acción de Jinotega, en cuyos primeros tiros Cachirulito fué muerto, y la mayor parte de la tropa legitimista desbandada. Martínez pudo recogerla y volver a una segunda carga que no resistieron los hondureños defensores de la plaza. Esta victoria, que pareció milagrosa, si no tan grande en sí, lo era por sus consecuencias; y de allí fué de donde el nombre del vencedor desconocido en todos estos departamentos, voló en alas de la fama. En efecto, si la legitimidad triunfaba, quedaba en posesión de las dos Segovias y era segura la caída de la democracia; más si ésta era la triunfante, ella era la dueña hasta del distrito de Chontales, y al fin Granada no habría podido resistir tan prolongado sitio.

Por esta razón todos deseaban conocer al que había dado semejante triunfo, indicándolo unos como el hermano del famoso Capitán que murió en Rivas, y otros como un descendiente de la célebre defensora de El Castillo. Era la fortuna que ponía el pedestal para el ascenso de este hijo *mimado de la victoria*.

Al entrar, pues, a Granada, todos se precipitaron a conocerle personalmente y encontraron la figura que describimos en nuestras Memorias, y que repetimos aquí por parecernos exacta. «Martínez tiene una estatura regular, y en esta época a la edad de 34 años, era de constitución débil e inclinado hacia adelante

(1) Hablaré ligeramente en esta Biografía de los acontecimientos en que figuró Martínez, referidos ya en mis Memorias sobre la guerra civil y nacional de 1854 a 1857.—(N. del A.)

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

para andar. Su color es blanco encarnado, los ojos azules, la cara algo ovalada llena de barba color castaño, y la frente espaciosa haciendo entradas al vértice. Su fisonomía, que nunca revela placer y casi siempre disgusto o tristeza, le hace aparecer terco y antipático, pero su mirada suave y bondadosa a la vez que enérgica, deshace hasta cierto grado la impresión primera. Nada expansivo, nada ceremonioso, habla las precisas palabras; tiene la voz suave y un poco nasal, y si habla alto es muy confusa su expresión».

Pocos días después se verificó la importante acción del 25 de diciembre en La Adüana, en que se declaró el triunfo más completo en la inmediación de la ciudad. Allí Corral informa el cumplimiento de sus subalternos; pero adjudica a Martínez la carga final que puso término a la batalla. Decía que había sido preciso tocar *alto* en la casa de pólvora, porque los legitimistas pretendían internarse al corazón de Jalteva.

Bajo las órdenes del mismo Corral salió Martínez de Granada y volvió con él después de la pequeña acción de Catarina.

Vino en seguida a la expedición de Masaya, y aunque no mandaba más que una sección, la gloria del triunfo se la adjudicó el ejército en su mayor parte, porque le fué ordenado que atacase la iglesia por el lado occidental, del mayor peligro. La yegua que montaba cayó herida en media plaza, cambió bestia, llegó a la trinchera; del caballo pudo escalarla, y sobre ella dar la mano a sus soldados para que saltasen al interior del templo, en donde se alcanzó el triunfo más sangriento, y para mayor gloria de Martínez no se contaban tanto los hechos de valor como los de clemencia, exponiendo la vida por salvar a muchos.

El cantón de Jalteva se levantó, pero dando un fuerte ataque a los vencedores de Masaya, que estaban terriblemente golpeados de la acción anterior. Entonces sucedió que Martínez quedase encerrado con una pequeña guerrilla en un solar de la calle que conduce a Nindirí, y que pudiese salvarse, rompiendo de improviso sobre los enemigos que le habían obstruído la salida. El ejército legitimista sentó sus reales en Managua y allí Martínez recibió a su familia, que había sido expulsada de León desde que se supo la derrota de Jinotega. La orden fué de trasladarse a Chinandega; pero doña María salió para una hacienda cercana al pueblo de Nagarote, y de allí se trasladó a Managua cuando supo la llegada de su hijo.

No gozó éste muchos días su compañía, porque recibió orden del General en Jefe de ir a pacificar algunos pueblos alborotados de Segovia, y de expeler al General Rubí, que con tropas hondureñas había invadido aquellos departamentos. En dicha expedición tuvo que internarse hasta los llanos de Pantasma, accesibles solamente en bueyes por los profundos

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

fangales, y esto por ahuyentar a los indios jinotegas que causaban mil desmanes en las próximas poblaciones. De allí se fué a la Nueva Segovia para encontrarse con Rubí, mas éste contramarchó al pueblo de San Marcos, de Honduras, donde se creía en completa seguridad; pero aquél le persiguió, y cabalmente llegó a la inmediación del pueblo el 13 de mayo de 1855, justamente aniversario de la derrota de El Pozo. Un oficial que recordó las desgracias de la legitimidad en este día, corrió a donde Martínez y le dijo: «Coronel, hoy es día infausto», y aquél le respondió: «Pues yo le haré fausto». Hubo un pequeño combate, y los hondureños corrieron en completa fuga. Logrado esto y dejando tranquilos los pueblos segovianos regresó Martínez a Managua con su división victoriosa, cuya llegada todos creían que era lo único que faltaba para invadir a León, sin saber que venía sobre el ejército legitimista el invencible azote de la peste.

El cólera acabó en un momento tan brillante ejército, y Martínez condujo [a] su familia a Granada, donde debía sufrir el más crudo golpe de su vida. Su querida madre fué acometida de la epidemia luego que llegó, y como si hubiese mediado una obligación, fué a morir en el lugar mismo de su nacimiento, después de una larga ausencia. Martínez estaba también grave y lograron salvarle a fuerza de diligencias.

No había restablecido cuando recibió orden de trasladarse a la desolada ciudad de Managua amenazada por partidas democráticas de León; y en efecto, pocos días después tuvo formado el pié del nuevo ejército con que pensaba invadir el Departamento Occidental.

Cada vez que pasaba de Managua a Granada con objetos públicos o privados, se fijaba en el doctor Cortés, que permanecía en esa ciudad, calificado de legitimista por unos y de democrático por otros, después de sus misiones de paz entre los hombres principales de uno y otro bando. Martínez decía, cabalmente al autor de estas líneas, que deseaba comprometer al referido Cortés, a quien desde entonces consideraba en alto grado. Así que tomó empeño de llevarlo y lo llevó de cirujano cuando marchó la división vanguardia que adquirió en Pueblo Nuevo uno de los triunfos más gloriosos de la legitimidad; pero que debía quedar sin fruto, porque casi al mismo tiempo el bandido Walker tomó a Granada, y era Granada el trono del Gobierno.

Los jefes vencedores en Pueblo Nuevo, mandaron a Cortés a León con proposiciones de arreglo; mas allá le recibieron en una prisión bastante estrecha de que llegó a libertarle el tratado Corral-Walker. Cortés salió de allí implacable contra los democráticos por su liga con el filibusterismo; alguna parte de la fuerza que triunfó en Pueblo Nuevo se disipó al saber el fracaso. Martínez quedó en Managua, y los otros jefes vinie-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ron a reunirse con el grueso del ejército que regresaba de Rivas a las órdenes de Corral. El Gobierno Provisorio de León hizo marchar para el oriente 800 voluntarios a las órdenes del General Sarrias, que se vanagloriaba del triunfo de El Sauce. Martínez en Managua, en tan deplorable situación, no pudo reunir más que 200, contando algunos niños, y hasta varias mujeres que quisieron tomar arma, y con tan reducido número no solamente defendió la plaza, sino que hizo retroceder avergonzados a los que pensaron llegar a Granada de paseo a celebrar el triunfo de Walker.

Tan espléndido triunfo le valió el nombramiento de General de Brigada, 24 horas después que se le había dado el de Coronel efectivo, en premio de sus fatigas en Pueblo Nuevo. Entonces el ejército deseaba tenerle de General en Jefe al ver que Corral no se movía sobre Walker, y más bien andaba en arreglos que produjeron el convenio, que dió origen al Gobierno Provisorio Rivas. Hasta un proyecto se entretuvo de aprisionar a Corral, y poner al frente a Martínez para marchar sobre Granada, cuyo buen éxito parecía a muchos indudable, atendida la decisión de la tropa, y la acogida que debían encontrar en dicha ciudad, pero fué descubierto, y todo marchó a la perdición.

Corral conoció su error muy tarde, y en ese momento fijó su última esperanza en Martínez, que aún permanecía en Managua mandando una pequeña guarnición conforme el convenio cuya posición había aceptado, creyendo, como otros muchos, que en Granada debía desarrollarse un movimiento contra el filibusterismo. Le escribió, pues, una carta secreta encomendándole la salvación del país y adjuntándole otras para el General Guardiola y otros jefes hondureños, a quienes hablaba en el mismo sentido.

Martínez en el acto pidió un correo, escogido entre los soldados segovianos que aun habían quedado en la guarnición, y le presentaron a Benito Lagos, de Somoto Grande, a quien dió de baja y una gratificación, y le prometió otra mayor, que le pagaría un señor Baldivia de Nueva Segovia, a quien encomendaba el envío de las mencionadas cartas. Lejos estuvo de presumir que Lagos era un tinterillo que habían traído preso a Gradada por enemigo de la legitimidad, y allí le habían dado de alta en el ejército, de suerte que le despachó con mayor confianza al ver su vivacidad. Este, maliciando de lo que conducía, se dirigió a Granada, y lo hizo llegar al conocimiento de Walker... Corral fué conducido al cadalzo, en donde expiró con entereza y con dignidad, ya por sustraerse a la culpabilidad que generalmente le achacaban, ya para que su sangre contribuyese a la redención del país.

El jefe filibustero había invitado varias veces a Martínez, para que fuese a Granada sin más objeto que el de conocerse

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

personalmente, lo cual evadió con pretextos varios; y aun descubierta la correspondencia referida, mandó ofrecerle garantías a fin de que tuviese con él una entrevista.

José María Valle (alias Chelón) pasó a Managua con una fuerza poco respetable a tomar posesión de la plaza, y a reponer al General Martínez con el Lcd. Pascual Fonseca, y aunque de pronto estuvo dispuesto a batir al citado Valle, desistió del pensamiento porque recibió algunas cartas en que decían que Walker estaba dispuesto a pasar por las armas a muchos que tenía presos, hasta saber el resultado de la expedición a Managua.

En tal virtud, licenció a los soldados adictos que tenía, distribuyó algunas armas, y acompañado de algunos amigos que quisieron seguirle, se encaminó al Estado de Honduras, de donde se prometía volver con auxilio de los gobiernos vecinos a libertar a su patria.

Al pasar por Nueva Segovia supo que había en almacén algunas armas y elementos de guerra, al menos para hacer guerra de montaña, para que no se dijese que el filibusterismo mandaba pacíficamente en Nicaragua, ínterin venían las fuerzas de los Estados, que nadie ponía en duda. Tal pensamiento escolló, porque el Prefecto del Departamento, don Pío Castellón, se negó a darlas, sin embargo de ser empleado puesto por la legitimidad. Continuó, pues, la marcha a Tegucigalpa y de allí a Comayagua, prometiéndose sacar del Gobierno algún apoyo material y todo el moral que fuese posible para mover a las repúblicas vecinas.

Por nuestra desgracia, Honduras estaba ocupada en la elección de Supremas Autoridades, de la que resultó Presidente el General Guardiola, quien se mostró nada favorable a los emigrados, sin embargo de que él había tenido mucha parte en la ruina de la legitimidad.

Desde luego es sabido que en todos los trabajos diplomáticos no era el General Martínez el que llevaba la parte principal, sino el Presidente Estrada por sí, o por medio de otros, cerca de los demás gobiernos de Centro América. El General contribuía especialmente con su nombre, que ya había adquirido alguna celebridad en las repúblicas vecinas. El, tan conocido y conocedor de Honduras, bien pudo dedicarse allí a su antigua profesión de comerciante; pero su patria encadenada, y sus compañeros de desgracia le obligaron a permanecer juntos, a trabajar juntos, y juntos a sufrir todas las penalidades del destierro.

Por fin los gobiernos de Guatemala y El Salvador se movieron a los afanes de los emigrados nicaragüenses y a la vista del peligro que a ellos también les amagaba, mucho más de cerca que lo imaginaron al principio.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

El Gobierno de Guatemala mandó su división vanguardia bajo el mando del distinguido General Paredes, y a este dió instrucciones de proveer al General Martínez 300 fusiles y unos pocos elementos de guerra, por cuya noticia se vino a recibirlos al pueblo de Somotillo, el primero de Nicaragua, donde debía tocar la división guatemalteca.

Martínez en la Campaña Nacional

Martínez se vino a Somotillo acompañando al Presidente don J. María Estrada, que había resuelto reorganizar el Gobierno Legítimo disuelto en Masaya bajo la presión de los acontecimientos que dieron por resultado el tratado Corral-Walker.

El señor Estrada inauguró su Gobierno, nombró Ministro General a don Pedro Joaquín Chamorro y General en Jefe del ejército al mismo Martínez, a quien ascendió a General de División. Al hacer este nombramiento ninguna dificultad se presentó a Estrada, porque los generales don Agustín Hernández y don Fernando Chamorro que estaban presentes manifestaron su aprobación, a pesar de su anterioridad a Martínez, lejos de andar con los celos tan funestos a otras causas.

Chamorro no había salido del país, sino que se había mantenido en Chontales, Matagalpa, Nueva Segovia trabajando por la libertad de su patria; su pensamiento favorito era la introducción, o sea el regreso de Estrada y Martínez a Nicaragua; y así fué que cuando en Matagalpa reunió unos 400 hombres, se dirigió a la frontera, llevando de segundo jefe al General Estrada, entonces Coronel, y por desgracia fué rechazado en un ataque nocturno que dió a la guarnición de Somoto, que mandaba el Chelón, porque la fuerza legitimista, casi toda recluta, se desbandó al ver que Estrada cayó herido en una pierna.

Chamorro, seguido por varios oficiales y unos pocos soldados, se mantuvo de valle en valle y de montaña en montaña sufriendo todas las calamidades, por mantenerse como una protesta viva contra el filibusterismo, hasta que se verificó el ingreso de Estrada, según le vimos reorganizar su Gobierno en Somotillo.

En este pueblo fué resuelto que Estrada marcharía para El Ocotal y de allí para Matagalpa; que Martínez y su segundo jefe, General Chamorro, partirían por la villa de El Sauce y de allí para el mismo Matagalpa; pero la primer dificultad que se presentó fué la conducción de las armas, porque no había hombres que las llevasen, ni se quería exigir servicio de ninguna clase en un lugar generalmente democrático. Al fin se adoptó el medio de conducirlas en carretas alquiladas, que con mil dificultades pudieron llegar a un lugar, una jornada dis-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tante de El Sauce. Al pasar un río caudaloso los bueyes torcieron el paso, las carretas se inundaron, y el parque iba a perderse, pues por salvarlo, hasta los mismos jefes lanzaron sus caballos a lo más profundo y ayudaron a extraer las cajas y a llevarlas a la orilla.

Por fortuna había llegado a Somotillo el Coronel don Manuel Gross, y de allí le había adelantado el General Martínez para que levantase en Matagalpa unas compañías de indios que viniesen a encontrarlo al camino, y obró con tal actividad que llegó a El Sauce el mismo día que el General, e inmediatamente fué a poner en mano las armas que estaban encajonadas, salvando así la dificultad de la conducción.

A esta villa llegó también don Nicasio del Castillo, que habia peregrinado huyendo de los filibusteros e iba a juntarse con Estrada, cuyo ingreso había sabido. Martínez le dió comisión de apresurar la marcha del mismo Estrada a Matagalpa, ya que las armas estaban empuñadas y nada atrasaría su pronta llegada al mismo punto.

No contento con la comisión del señor Castillo le escribió repetidas cartas con el mismo fin, a las cuales contestó el referido Estrada que su dilación en Nueva Segovia era provechosa por la opinión que se captaba en los pueblos del departamento.

Una noche del mes de agosto (1856) un correo tocó la puerta de la casa que habitaban Martínez, Chamorro y el autor de esta Biografía, entregó una carta cuya lectura demudó el semblante de aquél, quien nos dijo: «Un señor Baldivia me escribe y dice que de una altura inmediata al Ocotal oyó un tiroteo, cuyo resultado ignora». Se levantó de la cama en que dormía, pues era la media noche, y después de pasearse en profundo silencio nos dijo: «*Si hemos perdido, el Presidente ha muerto*». Creía que por su cuerpo y cierta enfermedad que padecía, no habría podido salvarse.

Martínez respetaba y apreciaba a Estrada, prescindiendo de la autoridad, por su índole, por su ilustración, y, más que todo, por la comunidad de suerte que les había cabido. No durmió más, y luego que amaneció llamó al Coronel don José Bonilla y le ordenó que se alistase con una compañía para ir al Ocotal a proteger la venida del Gobierno, mas aun no había salido, cuando llegó el parte del bárbaro asesinato cometido en aquel hombre, honor de Nicaragua por su ilustración y patriotismo.

Martínez no podía dictar las instrucciones al Jefe expedicionario: en sus ímpetus sólo hablaba de escarmentar a los asesinos y de arrasar con las cañadas de ellos para memoria de semejante hecho; pero en fin, el Coronel Bonilla salió, y el General quedó meditando en la suerte del bando legitimista, que consideraba había recaído por entero sobre sus hombros.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

En esos días había mandado al Coronel Dolores Estrada con la mejor compañía de que pudo disponer que recorriese las haciendas del Llano con dos objetos: dificultar a los filibusteros la extracción de caballos y ganado que sacaban de ellas, y facilitar a los amigos de la causa la incorporación al ejército. El General esperaba de día en día los centenares de hombres que habían ofrecido empuñar el arma luego que el Gobierno Legítimo reapareciera en Nicaragua. Ultimamente le habían escrito muchos individuos que una fuerza protectora en las cercanías de Tipitapa acarrearía a los patriotas de las ciudades y pueblos que suspiraban por la libertad de su patria. El quiso poner este último medio, pues a veces se desconsolaba al ver tantas esperanzas frustradas. Matagalpa, ese pueblo heroico, a quien nunca se alabará condignamente su conducta en aquella época, no resistía ya la contribución de hombres y de recursos para la guerra, fuera de que todos saben que las tropas segovianas no estaban avezadas a los combates.

En medio de tantos conflictos, los generales Paredes y Belloso le escribieron de León que sus respectivos ejércitos eran destruídos por la peste, y que tenían orden de sus gobiernos de retirarse del país, si los partidos contendientes no se arreglaban de algún modo, pues sin la unidad de los nicaragüenses creían infructuoso el auxilio de los Estados. Que en tal virtud les parecía muy conveniente que el mismo Martínez fuese a León a ver si podían conciliar las dificultades entre los partidos, a cuyo fin le ofrecieron las garantías que quisiese, para él y para las personas que llevase asociadas.

Nuestros lectores saben que el Gobierno Provisorio Rivas había sido reconocido por los de Guatemala y El Salvador para separar al partido liberal de su alianza con el filibusterismo; y que mientras el Presidente Estrada estuvo en Somotillo y en Nueva Segovia trabajaba sin descanso, pero en vano, por deshacer dicho reconocimiento. . . . . Las últimas palabras que escribió fueron estas: «*primero la muerte que ceder el principio de legitimidad*». Saben también que a Estrada sucedió don Nicasio del Castillo, y que en aquellos días, aun muchos partidarios, que veían la causa sin esperanza teniendo a Estrada en el poder, les parecía una farsa cuando apareció Castillo, porque a la verdad no creían en el modo, casi milagroso, según se contó en esa época, de hallar el peligro cerrado que contenía el llamamiento de dicho señor. El General Marnínez no se fijaba en esta cuestión, sino en la causa nacional gravemente comprometida, y en lo particular, diremos del bando legitimista que empezaba ya a ser el óbice para alcanzar la unidad que se esperaba.

Le pareció pues lo más prudente llamar a los hombres principales que se hallaban cerca de aquel punto, y concurrieron don Agustín Avilés, Fernando Guzmán, José Argüello,

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

José Lejarza y Rosalío Cortés, a quienes sometió la correspondencia recibida de León, la situación de nuestras fuerzas y los demás datos que podían convenir para formar juicio de las cosas, los cuales opinaron que el General y don Fernando Guzmán pasasen a León a entenderse en la conferencia propuesta por los jefes aliados; que debían conservar el principio de legitimidad, aunque cediesen el personal del Gobierno y otras cosas semejantes; y que en caso de no poder arreglarse bajo esta base, protestasen: que el partido legitimista por separado contribuiría a la campaña nacional.

Martínez salió inmediatamente después, dejando encargado del mando en jefe a su segundo el General Chamorro, e hizo alto en el pueblo de La Trinidad para tener una entrevista con don Nicasio del Castillo, que con el carácter de Presidente legítimo, venía de El Ocotal con sus Ministros don Ignacio Padilla y don José León Avendaño, ambos jefes de sección que habían sido elevados al Ministerio. Es sabido que don Pedro Joaquín Chamorro, Ministro de Estrada, había marchado en comisión a Guatemala, poco antes del asesinato. Martínez, pues, impuso al señor Castillo de la conferencia de Matagalpa, y todo fué de su aprobación, separándose en seguida a sus respectivos destinos.

Luego que llegó a León, asociado de Guzmán, comenzaron las pláticas de arreglo con los comisionados del Gobierno Provisorio, Canónigo Apolonio Orozco y General Jerez, las cuales dieron por resultado los convenios de 12 y 13 de septiembre, tan conocidos por su publicidad, como por los resultados tan favorables que dieron a la causa nacional, y a la reorganización de Nicaragua en particular.

Este aserto se confirma al verse que el ejército aliado se movió de León a consecuencia del convenio, después de haber estacionado largo tiempo, sufriendo continuas bajas por la peste; de suerte que es indudable que sin dicho convenio, habrían contramarchado conforme las protestas de sus jefes, y entonces no hay la menor duda que el filibusterismo habría tomado plena posesión de Nicaragua, y en seguida de los Estados vecinos. Que de ese mismo convenio data la reorganización constitucional de Nicaragua, es claro, porque puso fin a la guerra civil, y fué la base del actual orden de cosas.

Martínez conocía bien al bando que representaba, y en tal virtud creyó conveniente manifestar a los generales aliados, que si por parte de los legitimistas era desaprobado el arreglo, él no los obligaría por la fuerza; pero que en caso tal ofrecía separarse del puesto que ocupaba, y prestar sus servicios en cualquiera de los ejércitos auxiliares, con cuya promesa fueron conformes, porque ni se imaginaban siquiera el desagrado del referido bando.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

El y Guzmán salieron para Matagalpa creyendo ser los primeros en informar a sus amigos de lo que habían hecho, por cuya razón no quisieron escribir; mas en el tránsito cayó el primero en un río, y fué acometido de cierta enfermedad que les obligó a demorarse. Debido a esto, algunos viajeros llegaron a Matagalpa con el convenio impresò, que produjo la mayor irritación en don Nicasio, hasta protestar que Martínez sería juzgado como traidor, y de la propia suerte varios oficiales comenzaron a externar su descontento; pero a éstos los reprimió Chamorro dando de baja por *cobarde* al primero que se atrevió a pedirla a pretexto de la alianza con la democracia.

La primera irritación de Castillo se había calmado un tanto a las muchas observaciones privadas de Chamorro y de otros amigos que veían la aislada situación de la legitimidad, y el abismo a que la conducía un juicio contra Martínez, de suerte que, todo habría pasado inadvertido, si no hubiese estado con nosotros el extranjero Schellesinger, que por manifestarse amigo del General, le escribió una carta exagerándole lo que se decía en Matagalpa y el riesgo que corría su propia vida. El mismo Schellesinger decía que si triunfábamos de los filibusteros, Martínez sería indudablemente el primer Presidente de Nicaragua, y que por lo mismo él procuraba captarse su voluntad para sacar algún provecho.

Bien pues, Martínez altamente resentido, dejó su pequeña guardia de honor en el camino y entró solo a Matagalpa manifestando que quería ser juzgado; pero lejos de eso los amigos le calmaron inculpando al que le había escrito mucho más de lo que en realidad pasó.

El General envió un despacho al referido señor Castillo acompañándole el convenio ajustado, manifestándole que era el más favorable que habían podido obtener, pero que si no le parecía conveniente estaba en libertad desaprobarlo, en cuyo caso le pedía su separación del mando en jefe por el ofrecimiento que había hecho, según dejamos expuesto. Castillo no solo aprobó el arreglo, sino que con la mayor voluntad marchó a León a encargarse del Ministerio que se le había designado.

El partido legitimista en su mayor parte alzó un grito de desaprobación contra el convenio, tanto más que en esos momentos sonó la victoria de San Jacinto, sin saber siquiera que después de la acción, no teníamos una caja de parque, ni medicinas para curar un herido, pues muchos de los que tuvimos, se acogieron a la caridad de los particulares que vivían en las haciendas y valles inmediatos. El Coronel Estrada, impresionado por este grito, estuvo a punto de disolver la fuerza que le quedaba, o de protestar contra el arreglo concluido; pero don Fernando Chamorro le escribió privadamente de Matagalpa excitándolo a que no hiciese el menor caso del voto inconsulto de los partidarios; y además, el Doctor Cortés tuvo una entre-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

trevista con él, y le explicó y convenció: que el tratado de 12 de setiembre era el triunfo más completo que en aquellas circunstancias había podido obtener el partido legitimista, como lo vería en el desarrollo de sus disposiciones.

Como hemos dicho que el ejército aliado se movió de León a consecuencia del convenio, en términos que la victoria de San Jacinto la supo y celebró en Managua, creyó de necesidad el General Martínez apresurar el movimiento de los legitimistas, y en tal virtud dió orden a Estrada que se incorporase a dicho ejército con cuanta fuerza pudiese reclutar. Por fortuna muchos soldados se habían presentado y habían formado un batallón bastante lucido con que entró a Masaya, donde a la sazón acampaban dichos aliados.

El General Martínez, no queriendo llegar con una pequeña fuerza, se trasladó inmediatamente al pueblo de Metapa, de donde dirigió continuas órdenes a las dos Segovias para que le enviasen las tropas que se colectasen.

Entre tanto, el Coronel Estrada desde que se incorporó al ejército, conoció su mala situación por la falta de unidad; y así era que llamaba con instancia al General Martínez para que procurase alguna inteligencia entre los jefes. En nota de 9 de octubre (1856) le decía: «la presencia de usted vale más que un ejército, véngase presto, aunque sea solo con sus ayudantes». Nuestros lectores saben que de las 4 fracciones de que se componía dicho ejército, simpatizaban los democráticos con los salvadoreños y los legitimistas con los guatemaltecos, en términos que Estrada se puso a discreción de Zavala, jefe interino de esta división. Este, por aclimatar sus tropas resolvió trasladarse al pueblo de Diriomo, a donde Estrada le siguió con las suyas. Así estaban divididos los aliados, cuando Walker atacó a Masaya el 11 de octubre, Zavala y Estrada a Granada, y los filibusteros volviendo de Masaya a defender a Granada, derrotaron a los guatemaltecos y a los legitimistas, que mal dirigidos habían malogrado la oportunidad de acabar con el filibusterismo.

Tan funesta noticia la recibió Martínez en Metapa, por la cual continuó su marcha inmediatamente con una pequeña división que hasta entonces había podido colectar. Para mayor desgracia, cuando llegó a Tipitapa, estalló el cólera entre los segovianos, y perdimos a muchos jefes y oficiales de mérito. De esa villa salió Martínez para Managua con objeto de reunir a sus antiguos soldados que le esperaban, quedando el Coronel don José Bonilla al mando de la división en marcha, el cual dispuso acampar en el pueblo de Nindirí, por evitar el contagio a los aliados que permanecían en Masaya. Pocos días después llegó el General conduciendo a los managuas que se le habían presentado. Desde su llegada trató de reorganizar su división, pues ya hemos dicho cuánto sufrió en el ataque a Granada,

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

El General Chamorro se había enfermado en Metapa, y de allí había partido a reunirse a su familia en Chontales con el objeto de curarse; pero aún estábamos en Nindirí, cuando le vimos llegar enteramente restablecido.

Martínez, en pocos días, aumentó sus tropas al número de 7 a 800 hombres, y tanto por quitar la denominación de partido, como por recordar el origen de su citada División, la dió a conocer con el nombre de *Septentrional*, aunque en verdad se componía en su mayor parte de soldados que no eran de los departamentos setentrionales. Desde luego la armonía con los guatemaltecos subió de punto, pues Zavala tenía el mayor entusiasmo por Martínez y Chamorro, y desde ellos hasta el último soldado vivían en completa unión. A dichos jefes no les pareció bien la residencia en Masaya, fuera del temor de la peste, por evitar las continuas pendencias entre los chapines y salvadoreños, en cuya virtud ocuparon los inmediatos pueblos de Catarina y Niquinohomo, donde pasaron los primeros días de noviembre, hasta que se anunció la venida de los Generales Paredes y Solares con un refuerzo de 600 guatemaltecos, que no tendrían cómodo alojamiento en los mencionados pueblos.

En efecto, el 15 de noviembre en la mañana entró la división sin los jefes, y momentos después los espías de Granada avisaron que Walker con 600 hombres se alistaba para atacar a Masaya; a continuación una avanzada dió parte que el enemigo estaba a una legua de esta ciudad; Martínez opinaba que era mejor salir al encuentro, Zavala seguía a éste ciegamente; pero Belloso, jefe de los salvadoreños, era de parecer contrario, sin manifestarlo. Nada valía que en la plaza tuviésemos como 3.000 hombres, pues la falta de unidad en los jefes nos hacía muy débiles. Los dos primeros, pues, alistaron sus respectivas tropas y marcharon sobre el camino en que venían los filibusteros. Martínez pidió a Zavala la tropa recién venida, la mejor armada y deseosa de batirse, con la cual se puso a la vanguardia. Era la una de la tarde cuando se avistaron las descubiertas, por desgracia de nosotros en la salida de la población, camino estrecho, recto, flanqueado de malecones bastante altos, y así fué que los rifles yanquis no perdían tiro, y de los chapines no disparó uno. Entonces, los soldados volvieron la espalda con un pánico tal, que en vano quiso contenerlos el General, atravesando la yegua que montaba, y presentando la punta de la espada, pues sobre ésta corrieron llevándose de arrastrada la yegua, que sufrió tres balazos en ese lance. Al ver esto el Capitán Tomás Blanco, el *valiente entre los valientes*, le gritó: «General, ¿contengo al enemigo?» «Como U. pueda», le respondió, en cuyo instante con su compañía subió a pié el paredón de la izquierda y rompió un fuego nutrido que no esperaban los enemigos, y que les obligó a retroceder un tanto, de suerte que el General pudo volver a

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

la carga y entablar la acción con ventaja. Una sensación dolorosa sufrió allí viendo caer, al parecer muertos, a Blanco y al oficial Luis Coronel, que también merecía su aprecio, los cuales fueron salvados mediante una exquisita curación. El fuego hasta las 6 y media de la tarde fué espantoso, especialmente de la ártillería americana, a cuyos continuos truenos saltaba la arena de la calle; mas los filibusteros, sin avanzar un palmo, y lejos de eso, [se] habían retirado a una huerta inmediata. Allí estaban perdidos, pues no pudiendo avanzar, tenían que retroceder, y el retroceso equivale a una derrota.

Mas sucedió que en la plaza, el General Belloso, durante el fuego, estuviese protestando contra la resolución de Martínez que había trastornado, decía, su plan bien preparado de arrollar a Walker en Masaya, hasta el extremo de llamar al General Chamorro (Fernando) y suplicarle que fuese donde Martínez a excitarlo para que se concentrase. Chamorro, no conociendo bien las calles, que estaban ya oscuras, convidó al autor de esta Biografía, y nos fuimos al lugar del combate, y encontramos nuestra fuerza con el ánimo más decidido de continuar la pelea.

Martínez en ese tiempo tenía el defecto de despecharse por lo menos, y no bien oyó el mensaje que le llevamos, cuando dió orden de reunión a los jefes que cubrían los flancos. Nuestra tropa, orgullosa, dueña del campo de batalla, creía que al amanecer iría en persecución de los enemigos, y gritaba: *Viva Martínez, Carrera, Centroamérica*, etc.; pero poco después el silencio que se recomendaba al emprender la retirada, la noche tenebrosa, algunos relámpagos que iluminaban los cadáveres, y unas bombas que reventaron en el espacio le produjeron terror, de tal modo que en la plaza de San Sebastián era una confusión completa. Grandísimo trabajo costó la introducción de esta fuerza a la plaza.

El día siguiente a las siete de la mañana, el Coronel Dolores Estrada, con una sección, exploró el campo sin un tiro, y cuando percibió que los enemigos se movían, mandó un ayudante a preguntar si los detenía, cuya respuesta fué negativa. Una hora después una bala de cañón, que dió en la pared de la Parroquia, anunció que Walker había ocupado el barrio de San Sebastián. Nuestros jefes reclamaron muchas veces la ejecución del plan de arrollar al enemigo, pero en vano, porque éste permaneció atacando y quemando la población hasta que el 19 en la noche emprendió su retirada sin ser sentido. Aun más, habría tomado la plaza principal, si el General Martínez no hubiese mandado al Capitán Ceferino González que ocupase y defendiese una casa situada una cuadra al Oriente, que dominaba mucha parte de la referida plaza, y en efecto, la ocupó momentos antes que llegasen a ella los filibusteros, que hicieron esfuerzos por tomarla, pero que no pudieron conseguirlo.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

Poco después vino Paredes de León, con el cual convino Martínez en marchar sobre Granada, y ya alistadas las fuerzas recibieron noticia de que a dicha ciudad había entrado un auxilio de filibusteros, por lo que desistieron del intento de atacar, mas el primero aprovechó el movimiento y se trasladó al Diriomo con su ejército. El General Paredes, quizá el jefe más serio e inteligente de cuantos vinieron a la campaña, no vaciló en darle la preeminencia a Martínez como conocedor del país, y en tal virtud le aseguró que estarían comunicándose continuamente lo que ocurriese. En seguida, el mismo Paredes le envió un oficial con los datos que tenía del enemigo, los mismos que habíamos recibido nosotros, en cuyo concepto fué dispuesto que los guatemaltecos saldrían del Diriomo el 24 en la mañana a situarse en la finca de Sandoval, a donde debía de conducirlos el oficial don José León Sandoval, dueño de la hacienda; y que a la misma hora saldría Martínez por el Norte hasta situarse en la playa del Lago en el punto llamado *La Ceiba,* para darse la mano con los de Guatemala sobre la misma costa. Paredes tenía 1,500 hombres; Martínez llevaba 1,000, de los cuales 800 nicaragüenses, y 200 salvadoreños que Belloso le dió en auxilio, ya que él mismo no quiso concurrir al ataque de Granada por varios pretextos.

Como a las dos de la tarde pasábamos por la *Otra Banda,* de donde contemplábamos a Granada en llamas ¡qué horror! Era que Walker en su regreso de Masaya resolvió el incendio de la ciudad, y la traslación de sus fuerzas a Rivas, comisionando al inglés Henningsen para que ejecutara su orden, el cual mandó poner fuego a todos los edificios.

Habiendo llegado nosotros a la costa, y después de unos cañonazos mal dirigidos a los vapores *Virgen* y *San Carlos,* amarrados al muelle, el General mandó dos secciones a ocupar las iglesias de Guadalupe y San Francisco; la primera fué tomada a costa de mucha sangre; la segunda fué más difícil por su posición. Los generales Agustín Hernández y Fernando Chamorro dirigían el ataque por el Norte, y creyendo Martínez muy acertado llamar la atención de los defensores por el Oriente, fué él mismo con unas guerrillas, y cuando comenzaba su operación, llegó corriendo un ayudante a avisarle que toda la tropa se había desbandado, en cuya virtud retrocedió paecipitadamente para no ser cortado, y corriendo sobre el camino de Malaco, quizá más de una milla, desenvainó la espada y obligó a pararse a los grupos que iban en fuga, con los cuales volvió arrollando a cuantos encontraba en el camino. Cuando arribó a la costa encontró al General Paredes, que con un batallón había pasado de su campamento al de nosotros, a cuya vista nuestros soldados, vueltos del pánico, vitoreaban a los dos jefes.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Martínez se convenció que era difícil asaltar las murallas del convento de San Francisco, y calculó mejor tomar los puntos intermedios entre éste y la plaza, y así fué que los filibusteros lo desocuparon para no verse aislados.

Estos no eran menos de 300. A proporción que se veían estrechados entre la plaza y la iglesia de Guadalupe, se empeñaban en desalojar al Capitán Ceferino González, que sostenía el último punto, y en un momento en que el cañoneo era más terrible, mandó el General al ayudante don Ascensión Rivas que fuese a suplicar a Paredes que llamase la atención por su lado, es decir, por el Sur; y éste, contra su habitual moderación, desenvainó la espada y con términos bastante fuertes invitó a Rivas que fuese a ver la distancia a que había podido colocarse.. Este le contestó que sólo iba a cumplir una orden.

Se hallaba Martínez en el cuerpo de reserva, irritado del fuego continuo de Guadalupe, de donde acababa de llegar, cuando desmontó Rivas y le participó la contestación del General guatemalteco. Aquél, indignado, dijo al mismo Rivas que comunicase a González la orden de abandonar á Guadalupe, que pareciéndonos dictada por el despecho, el General Chamorro y el que escribe estas líneas, dijimos al ayudante que no la comunicase, o que al menos retardase bastante para mientras hablábamos con el General. En efecto, quizá Rivas no habría llegado al punto, cuando otro ayudante fué a impartir orden contraria.

Es probable que Paredes se haya arrepentido del recibimiento hecho a Rivas, pues casi en seguida llegó a nuestro campamento más expansivo que antes. Como hablase solamente de activar las operaciones, Martínez le dijo que era preciso tomar el *Fuertecito* la noche próxima y la plaza al amanecer; sobre las cuales le daba la elección, y Paredes se decidió al asalto del primero, que siendo imposible de día, se fijó para realizarlo las ocho de la noche. Esa antigua *Fortaleza*, construída entre el Lago, sólo se comunica por un terraplén muy inclinado, que baten por ambos flancos las embrabecidas olas del Lago. Los filibusteros defensores eran como veinticinco, fuera de unos pocos hijos del país, pero tenían en la entrada gruesa artillería y una espesa trinchera. La combinación no pudo ser mejor pensada, ni mejor ejecutada. Un cañonazo disparado del campamento de Paredes, al Sur, minutos después otro del de Martínez, al Norte, y así alternando hasta seis, en cuyo tiempo había caminado el Teniente Coronel Mariano Villalobos con 200 soldados, a la orilla del monte hasta colocarse al pie del terraplén. Sobre el 6.° y último cañonazo cargó sobre la trinchera y llegó a ella sin un tiro, porque el centinela estaba cubierto por temor del cañoneo, pues se nos contó que el primer tiro dió por casualidad en la trinchera y mató al que estaba en el puesto. Sin embargo, los yanquis pelearon

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

largo rato entre el Fuerte y después en el muelle, que estaba recientemente construído. Martínez esperaba ansioso la señal del triunfo, y entró en duda, porque no aparecía, ocupados como estaban los vencedores en recoger el botín; pero por último subió una luz sobre el asta de la bandera, y entonces lleno de gozo exclamó: «*Paredes ha cumplido su compromiso; mañana llenaremos el nuestro*». El ayudante don Joaquín Zavala recibió orden en el acto de felicitar a los ejecutores y de traer noticias detalladas, la cual fué desempeñada con prontitud.

De allí salió el General á dictar las relativas al asalto de la plaza. Hernández, Chamorro, Bonilla, Gutiérrez (Francisco) y demás jefes se alistaron para romper el fuego a los albores del día, cosa muy apetecida por todos para colocarnos en cualquiera otro punto menos horrible que la costa. Agrupados al pié de la *Ceiba*, con los enfermos y heridos, oyendo los ayes de los moribundos, y viendo los cadáveres de los muertos, sufriendo la infinidad de insectos que infectan las playas, y sin más alimento que un plátano, tal era nuestro malestar; hasta la naturaleza parecía en contra, porque las noches del 24 y 25 de noviembre llovió sin cesar un momento.

Martínez, a veces rendido de la fatiga, se acostaba en la arena con los aperos de su silla por cabecera, pues a la verdad, ni él ni ninguno otro tenía más ropa que la puesta, que empapada en la noche, se secaba en el cuerpo el día siguiente. Imposible sería pintar con sus verdaderos colores los trabajos y dificultades de esa campaña.

En efecto, al amanecer el 27 la plaza fué tomada después de un fuego vivísimo, en cuyo momento una de las torres de la Parroquia fué volada por una mina de pólvora que los filibusteros prepararon de antemano, e incendiaron el resto del edificio, colocándose ellos en la *Sirena*, casa de alto contigua a la Iglesia. Entonces el Padre Rafael Villavicencio, nuestro Capellán, entró muchas veces hasta el atrio, y así, heroicamente salvó las alhajas y vasos sagrados de oro y plata, que se habían escapado de la rapacidad filibustera, los cuales mandó el General que se custodiasen en una de las muy pocas casas salvadas del incendio, a donde trasladó el Cuartel General. Por estas alhajas se suscitó una cuestión entre el Vicario don Hilario Herdocia y el referido General, quien se negó a entregarlas a un clérigo comisionado para recibirlas. Aquél reconocía la autoridad del Vicario, pero calculaba que las alhajas entregadas no volverían a Granada, y además estaba prevenido contra el señor Herdocia desde que dió su orden al Padre Vijil para que entregase los fondos de la Parroquia, que don Fermín Ferrer, como Ministro del Provisorio, le pidió prestados en despacho de 26 de febrero, (1856) en cuya virtud fueron entregadas 963 onzas de plata fina del frontal del altar, y del rayo de la Virgen de Mercedes. Indignó más a Martínez cuando vió en

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

el certificado del Tesorero Carlos Thomas que *aquella plata era prestada voluntariamente* y que le asegurasen varias personas que había servido a Walker para comprar rifles y elementos bélicos; cuyos hechos se los dijo el General al Vicario en una contestación decisiva que le dió. Dichos vasos y alhajas fueron entregadas por fin al Cura de Granada, cuando pudo entrar en el ejercicio del Ministerio.

En tal situación volvieron a conferenciar Paredes y Martínez, y éste opinó que se abandonase a Guadalupe, creyendo que los yanquis no sabían la toma del Fuertecito, y que irían de paso a la costa y allí los acabarían entre dos fuegos. . . . . Fué un error: Henningssen muy cauto dejó su mejor tropa en Guadalupe, y se situó en el *Chagüite de doña Sabina.*

Al ver este resultado se dispuso desalojar a los que estaban en Guadalupe, para lo cual se llamó a Belloso, que aún permanecía con su ejército en Masaya, quien llegó a muchas instancias después de un plazo en que ofreció verificarlo. Hubo un ataque sangriento, pero en vano, de tal suerte que nuestros jefes se decidieron por el sitio, estrechando las líneas por todos lados. El Fuertecito se confió al Oficial Hilario Mongrío al mando de 17 soldados: al pie del terraplén 600 salvadoreños: al Sur los chapines, y al Norte y Occidente la División del Septentrión. Henningssen había perdido más de 150 hombres, de manera que igual número tendría entre las zanjas en que se había parapetado.

En estos días acaeció la muerte de Paredes, que alarmó al General Martínez, creyendo que podía causar la retirada de los guatemaltecos, y se disponía a dar el pésame a Zavala, cuando llegó éste a participarle muy contento que el mando del ejército había recaído en él, y que ya podían hacer *diablos de zacate.* Esto calmó la aprensión antedicha.

El 11 de diciembre llegó el General Florencio Xatruch con 200 hondureños, que se replegaron al campamento de Martínez por la antigua amistad de los dos jefes. Por la noche se advirtió un movimiento en los vapores, que pocos días antes habían llegado de Rivas, y a continuación se recibió parte del desembarco de 2 a 300 filibusteros en Tepetate. Martínez mandó al Coronel Gutiérrez con 30 hombres que los detuviese en la angostura entre el Lago y el *Charco,* y poco después salió el mismo General con 100 soldados que pudo sacar de su división, pues a más de cubrir la línea más dilatada, era la que tenía más bajas por sus constantes luchas parciales. Cuando él se aproximaba al punto encontró al C. Gutiérrez, quien no había tenido tiempo de parapetarse, y venía haciendo fuego en retirada: se hizo entonces un poco más de resistencia, pero la lucha era muy desventajosa, peleando los yanquis vestidos de negro, con rifle y revólvers y nuestros soldados con fusiles de piedra y vestidura blanca. El General pidió auxilio a

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Belloso; éste, para no mandar uno de los suyos, pidió sus soldados a Xatruch, quien los mandó estando aun rendidos del camino; y sin embargo pelearon mucho en una subida al barrio de Santa Lucía, cediendo al fin a tantas ventajas que tenía el enemigo.

Entre tanto, Belloso levantó su campo de la costa y personalmente ordenó a Mongrío que saliese del Fuertecito para no quedar cortado. «No es usted mi jefe», le respondió. Aquél mandó un ayudante que a *nombre de Martínez* le diese la orden, a quien Mongrío contestó: «*No reconozco a usted como ayudante de. Martínez*». El general salvadoreño marchó por fin con su tropa, arrastrando cañones y difundiendo el pánico sobre la calle de San Francisco hasta situarse en Jalteva. ¡Noche terrible de verdadero horror!

Los filibusteros desde luego pasaron libremente por la costa hasta juntarse con Henningssen; los hondureños en grupos vagaban perdidos en las calles; los septentrionales habían sufrido bajas y aun alguna deserción; los chapines en sus puestos, pero no podían auxiliarnos en aquella confusión y lance tan apurado. Martínez con su estado mayor y guardia de honor se situó en el cuartel que ya mencionamos, esperando que el día siguiente todo sería reparado.

Todos saben que Belloso, afamado de valiente en la guerra de 1844, se portó muy tímido en la nacional, y que halagado por los democráticos aceptó el nombramiento de General en Jefe de una pequeña fuerza nicaragüense que pusieron a sus órdenes, de la cual era 2º el General Jerez.

De allí nació la antipatía entre Belloso y Martínez, y contra todos los que militaban a las órdenes de este jefe, y quizá aún era mayor contra Zavala, no tanto por la antigua rivalidad entre salvadoreños y guatemaltecos, como porque èste ridiculizaba a aquél su lenguaje vulgar, y porque, aludiendo a su timidez, le decía *Nana Bellosa*.

Bien pues, en aquella noche referida llegó Belloso e invitó a todos para que se trasladasen a Masaya, y si Chamorro, Xatruch y Zavala le contestaron encolerizados, Martínez le dijo que su marcha iba a ser muy funesta a Centro América. Belloso le contestó que se iba porque no hacían caso de sus opiniones, y le ridiculizaban hasta su nombre. Martínez le replicó que no podían acatar opiniones, como la de levantar el campo de la costa, cuando si no la desampara con tanta fuerza a su disposición, el triunfo habría sido mayor, puesto que el mayor número de filibusteros encerrados, consumiría más pronto los últimos alimentos que tenían. Belloso volvió a decir: que no había orden, sino anarquía, pues a él no le obedecían ni los subalternos; «*Vea usted,* añadió, *su oficial Mongrío va a perecer en el Fuertecito por insubordinado; yo le ordené que me siguiese, y resistió*». La cólera de Martínez rayó en furor contestándole:

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

«Perecerá por hombre, por valiente, porque sabe su deber, si yo no pudiese salvarle»; y quizá habría pasado a más si el jefe salvadoreño no se apresura a retirarse, y lo peor fué que para cohonestar su retirada vino difundiendo que todo el ejército aliado había sido derrotado. Hizo más: dió orden a Jerez, que junto con Cañas ocupaba a Rivas, que se viniese a Masaya, y Walker, que hasta entonces se hallaba en San Jorge, ocupó la ciudad cuando la desocuparon dichos generales.

Nuestros jefes al amanecer el 12 se ocuparon de recoger a los dispersos, y como el pánico pasó con las tinieblas de la noche, los puntos estuvieron pronto en situación de no permitir que los filibusteros pasasen del *Chagüite de doña Sabina.* Martínez, ocupado especialmente de salvar a Mongrío, se trasladó al campamento de los guatemaltecos, y de allí no se encontró más medio que mandar un ayudante que le comunicase la orden; pero el ayudante tenía que pasar en la playa limpia del lago a la vista inmediata del enemigo, y por tanto era indefectible la muerte. Pero bien, el oficial Miguel Herrera, ávido de gloria, se ofreció en holocausto; el General le ordenó que anunciase su llegada con el incendio de una casucha del Fuerte, y la salida de Mongrío con un cañonazo para protegerla. Cuando Herrera partió, los puntos avanzados hicieron fuego sobre los yanquis, y así fué que aquél, corriendo casi a la falda de un buen caballo que montaba atravesó el peligro, y el humo avisó en seguida la feliz llegada; poco después el cañón, la salida del Fuertecito, en cuyo momento, conforme las órdenes dadas, se apuró el fuego por todas las líneas, y Mongrío con pocos soldados perdidos, llegó salvo a presencia de Martínez quien le felicitó, lo mismo que a Herrera, con un ascenso, y el epíteto de valientes.

Los filibusteros se embarcaron el 13 de diciembre, dejando en el Fuertecito un asta con esta inscripción: «AQUI FUE GRANADA».

Belloso partió para León, y como era seguro que para justificar su retirada iba a inculpar a los aliados, especialmente a Martínez, y que le darían crédito en los gabinetes centroamericanos, cuya creencia podía ser funesta a la causa nacional, pensó éste que no desvirtuaba sus quejas sino yendo a León, a provocarle a una conferencia pública en presencia del Gobierno, de donde se comunicaría a los demás gobiernos el resultado, para lo cual convidó a Zavala, quien fué con la deferencia que acostumbraba.

La conferencia propuesta por Martínez se verificó en la casa nacional, el 21 de diciembre en la noche, y después de varias especies ridículas, que en otra parte hemos contado, (a)

(a) Mem. 2ª parte, página 300. (N. del A.)

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

Belloso expresó que se había retirado y no volvería al teatro de la guerra por el desprecio con que le miraban hasta llamarle *Nana Bellosa* para decir que era cobarde como una vieja. Martínez y Zavala contestaron que todo era efecto de *chismes* con que algunos sembraban la cizaña entre ellos, y así fué que el público se convenció de las nimiedades que habían causado tantos males al país.

Martínez viendo llenado su propósito, quiso coronarle con un manifiesto firmado por todos, y con un paseo en las calles para demostrar al pueblo que no existía la enemistad que se había propalado. El primero se publicó el 25, y el segundo se realizó el mismo día en la tarde de la manera más ostentosa que fué posible.

Sin embargo, Belloso no volvió al campamento, y los otros regresaron satisfechos de haber alcanzado su objeto.

Pero Martínez venía desconsolado respecto de la suerte del país, tanto más cuando en Managua supo que una compañía completa de guatemaltecos con sus respectivas armas iba desertada; dió aviso a Zavala, y en el acto fué a disuadirla con promesa de un pronto regreso.

Luego que llegaron a Masaya (el 6 de enero de 1857) Martínez propuso a los generales Cañas, Xatruch y Jerez, una entrevista, en que les manifestó sus impresiones y convicción de una pérdida indefectible si no convenían en nombrar un general en jefe interino, como el único medio de alcanzar la unidad de acción. Aceptaron el pensamiento, y eligieron a Xatruch, mas al firmar, Jerez escribió que sometía la elección a Belloso, su primer jefe. Muchos argumentos le hicieron en contra, pero no fué posible disuadirlo, y entonces, pensando que todo aquello era un trabajo inútil, se disolvieron sin hacer cosa alguna.

A tantos motivos de desconsuelo, vino a juntarse la crisis ministerial ocasionada por un tiro de pistola asestado al Ministro don Nicasio del Castillo, que en unión de don Pedro Cardenal representaba al Partido Legitimista desde el convenio de 12 de setiembre ya referido.

Los dos Ministros se dirigieron al General manifestándole que renunciaban las carteras por falta de garantías, cuya renuncia hicieron efectiva con su separación, y el Gobierno se dirigió también al mismo General, como pascicente del mismo convenio de 12 de septiembre, para que hiciese concurrir a don Pedro J. Chamorro y al doctor Cortés, designados para suceder a los señores Cardenal y Castillo, de suerte que todo recaía sobre el propio Martínez. La sensación por este incidente duró poco tiempo, calmada diremos, por la noticia del espléndido triunfo de los costarricenses en el río San Juan, que auguraba el decisivo sobre el filibusterismo.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Martínez como administrador

Imagine el lector la situación del Partido Legitimista habiendo sostenido primero, desde mayo de 54, la más grande y espantosa guerra civil; en seguida, sufriendo la cruel persecución combinada de los democráticos y de los filibusteros, que venían de todas partes a buscar aquí donde robar una fortuna, con cuyo fin Walker confiscó toda propiedad raíz; y sobre esto, iniciar la campaña nacional, sin contar con renta alguna, sin armas, sin elementos, y sólo con la contribución de los propietarios que vivían en las haciendas o en los valles, huyendo de dicha persecución.

Se tendrá presente que, con algunos pueblos excepcionados, se designó al General Martínez, en el convenio mencionado, los departamentos setentrionales y el distrito de Chontales, para que allí formase su ejército y de allí sacase los recursos para mantenerlo.

Quien, pues, se constituya en aquella época aciaga; quien conozca los departamentos referidos, y quien en fin, se penetre de la tristísima situación de los pueblos y de los individuos, no podrá menos que confesar estas verdades reconocidas, ya por el instinto del pueblo, y que ofuscadas un tanto por las pasiones del momento, resplandecerán a medida que el tiempo avance y se perciban los hechos en toda su plenitud. Es la primera, la gran potencia y patriotismo del bando conservador; y la segunda, el gran prestigio del General Martínez, que pudo aglomerar los elementos tan dispersos en todo el país, conservarlos y saber dirigirlos contra el enemigo común. Su ejército era compuesto de leoneses, segovianos, chontaleños, orientales, rivenses, y aun no faltaban extranjeros que militaban con gusto bajo sus órdenes. El solo, y sólo él pudo reunir tantos caracteres opuestos, porque la fortuna que le había colmado de gloria, había infundido en todos la más elevada confianza.

Si el formar el ejército en esos días fué una empresa colosal, mantenerlo era mayor, sin más medios que los que hemos expresado. Y ¿quién hubiera creído que ese ejército fué al fin el mejor provisto de todos? No teníamos armas, y se las quitábamos al enemigo; no teníamos plomo, y Martínez mandó sacarlo de una mina en Matagalpa, y envió al activo Coronel Gross a comprar pólvora en Amapala, porque todo nos lo negaba el Gobierno de la República, teniendo antes que sacarla de las bombas y granadas que caían sin hacer explosión, o que avanzaban nuestros soldados a los filibusteros. Pues bien, nuestro ejército en marcha iba a la vanguardia, y en el sitio era colocado al frente del enemigo.

En San Jorge y Rivas el ejército de Martínez tenía banda de tambores, Capellán, Cirujano, Auditor, y otras cosas que ningún otro tenía. Todo esto era efecto de la pureza, de la

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

economía, y constante trabajo del General en Jefe, lo mismo que de los subalternos que supo escoger para gobernar a los pueblos y para ponerlos a la cabeza de las tropas expedicionarias.

Por esto siempre hemos atribuído la gloria del triunfo sobre el filibusterismo, en primer lugar, a los costarricenses, y en segundo, al partido conservador, o sea, al ejército setentrional, que pudo iniciar la campaña en San Jacinto, a una jornada de Granada, asiento de los filibusteros, cuando éstos merodeaban en Amatitán y puntos más cercanos a León, donde permanecían encerrados los guatemaltecos, salvadoreños y democráticos aliados, con todos los recursos, que podían dar sus respectivos Gobiernos.

Martínez en ese tiempo sólo valuaba a los hombres por su decisión en la gran causa en que estaba empeñada la Nación, y así fué que concibió el concepto más elevado por don Fernando Guzmán, de quien le hablaban algunos compañeros, especialmente el autor de esta Biografía, testigo del levantado espíritu de Guzmán, y de su patriotismo y de sus hechos que algunos calificaban de temerarios. Martínez vió a Guzmán, y en el acto le prodigó aquella amistad constante hasta que puso en sus manos su misma vida al empeñarse porque le sucediese en el mando de la República.

Le nombró Presidente de una junta de recursos que crió estando todavía en Matagalpa, y la cual se instaló en Metapa, compuesta de los señores Ramón Machado, Ramón Castillo, Francisco Amador, Dolores Flores y Luis Montiel, todos propietarios, honrados y vecinos de los departamentos de su mando. Esta junta se trasladó a Granada poco después del regreso de Martínez de León, y allí continuó sus tareas con que debidamente llenó su cometido.

Entre las ruinas de la ciudad antedicha se encontraron restos de las imprentas de los filibusteros, y una cantidad de papel que podía servir para un periódico. En el acto mandó el General a recogerlos, y valiéndose de obreros extranjeros, logró establecer una. y que se publicase un periódico que bautizó él mismo con el nombre o título de *Telégrafo Setentrional*, cuya redacción encomendó al autor de estas líneas, hasta que más tarde vino del destierro don Anselmo Rivas, y se hizo cargo de ella, pues antes de él muchos se habían negado a desempeñarlo.

Otra medida dictada por él mismo fué una venta de tabaco, que no llamaremos tercena por lo mismo que era libre. El pueblo, entre las ruinas, halló una cantidad de fardos pertenecientes a la Factoría abolida por el Gobierno Rivas, y se mandó contener la extracción, custodiarlos y constituir la venta referida, que fué muy provechosa, y de la cual originó el pen-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

samiento de estancar el ramo, que entretuvo Martínez hasta que más tarde logró realizarlo.

De la misma manera estableció *pesas* o ventas de carne con el ganado que daban los hacendados en pago de contribuciones; y así fué que con estos arbitrios, con las contribuciones directas y otras más, que sería dispendioso detallar, pudo Martínez mantener su división, socorrida con la mitad del sueldo, alimentada y vestida con tal abundancia, que había para favorecer a los aliados, especialmente a los heroicos hondureños, que olvidados por su Gobierno, vivían desnudos entre los fosos y casi alimentados con las frutas del fértil departamento del mediodía.

Con motivo de la venta de ganado en esta ciudad se originaron cuestiones con el Prefecto Dámaso Sousa, que residía en Masaya, porque Martínez estaba en Granada; pero se arreglaron, mediante ciertos arrebatos de cólera del General que infundieron miedo en el ánimo de Sousa. Pero a continuación el Gobierno reclamó el cumplimiento del convenio de 12 de septiembre, pretendiendo que Martínez con su despacho se retirase a Chontales o a otro punto de su demarcación.

Por ese tiempo, en lugar de Belloso era Cañas General en Jefe del ejército del Gobierno, nominalmente diremos, porque en realidad eran pocos los jefes y soldados que siguieron a Jerez a la campaña, el cual cumplió noblemente esta promesa de sus propios labios: «Tengo la mancha del filibusterismo; quiero lavarla, si es necesario con mi misma sangre».

A Cañas, pues, se dirigió Martínez, exponiéndole el reclamo del Provisorio, y este jefe, a pesar de mantenerse disgustado del carácter de aquél, conociendo cuánto valía y hacía en la gran causa, le contestó: *que permaneciese en Granada, reclutase allí sus soldados, y no hiciese caso de las órdenes ministeriales.*

Ya debe suponerse que Granada, aunque en ruinas, era el punto que deseaban tener los democráticos, porque todos se preparaban para *el desenredo*, es decir, para la cuestión que debía seguir entre éstos y los conservadores, luego que terminase la campaña nacional, y si los demócratas aspiraban a tener a Granada en sus manos, como el foco del bando conservador, éste tenía por la misma razón mayor empeño en conservarla.

He aquí, pues, la clave o motivo de las intrigas para sacar de este punto al General Martínez, las cuales vestían con las ostensibles formas de la necesidad que había de la presencia de este jefe en el departamento de Rivas, mas contestaban otros diciendo que Martínez, por el convenio de septiembre, era no sólo un jefe militar de su ejército, sino un Gobernante de las Segovias y Chontales, de donde tenía que sacar todos los auxilios de hombres, dinero y demás elementos necesarios para la manutención de las tropas. Y a la verdad, era tan dispendioso su despacho en Granada, quizá como el del Gobierno en

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

León, con la increíble diferencia de que éste tenía una pequeña división en campaña, y sin embargo de esto, y de tener las rentas públicas, los propietarios occidentales pagaban adelantadas muchas mensualidades de contribuciones y empréstitos; y aquél, es decir, Martínez, mantenía la suya en el mejor pié bajo todo aspecto, sin extorsionar a los contribuyentes con adelantos de sus respectivos contingentes.

Campaña de Rivas

Walker en Rivas, destituido de los vapores del Lago y del Río, se consideraba casi perdido; pero no sin esperanzas, por cuanto tenía una ciudad abundante en recursos, y libre San Juan del Sur para recibir auxilios de toda clase. Por lo mismo era preciso activar las operaciones sobre él para destruirlo antes de que fuese reforzado.

Los aliados, de común acuerdo, marcharon a Nandaime. Allí celebraron una acta reconociendo por General en Jefe interino al General Xatruch, paso aconsejado por la experiencia y por la razón, y que sin embargo produjo una sensación desagradable al Gobierno Provisorio, que desde entonces se empeñó con los otros gobiernos para que nombrasen al Generalísimo en propiedad. Chamorro (Fernando) iba de jefe de los setentrionales, y habiéndole dado cuenta al primer jefe, con el compromiso anterior, obtuvo inmediatamente su aprobación.

En esos días, el 17 de enero (1857) se anunció la llegada del vapor *San Carlos,* y que a bordo estaba el General Joaquín Mora, que manifestó no querer desembarcar por temor de la peste que creía reinante en Granada, pues había venido con objeto de una entrevista con Cañas y demás jefes aliados para concertar las operaciones sobre el enemigo.

El General Martínez no vaciló en ir, a pesar de las molestias de la embarcación en la noche y estando el lago bastante agitado, de suerte que fué en horas muy avanzadas cuando regresó con los demás compañeros que fueron con el propio objeto.

Como es sabido, los aliados marcharon de Nandaime y ocuparon San Jorge para estar en combinación por agua con Granada, Chontales y San Carlos.

Martínez, en la entrevista con Mora, reconoció su vanidad natural, centuplicada con la famosa expedición al río de San Juan, y conociendo además la importancia que Costa Rica había tomado en Centro América, quiso captarse sus simpatías para cuando se tratase del arreglo de los partidos interiores, que sería a continuación de la guerra nacional.

Al efecto, le hizo una sucinta relación de la guerra, en que por falta de unidad no habíamos alcanzado mayores triunfos, cuya falta no provenía más que de mutuas desconfianzas.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Que el señor Mora era el llamado, sin duda, a llenarla, pues por su parte estaba decidido a darle su voto con entera confianza. Este desde luego rehusó, pero quedó tan satisfecho de Martínez que le convidó a visitar las fortalezas del Río, paso que éste le ofreció en la primera oportunidad.

No tardó mucho tiempo en presentarse, pues los gobiernos, convencidos de la necesidad de nombrar un Generalísimo, y por empeñar más a Costa Rica en la campaña, nombraron por fin al mismo señor Mora. Martínez entonces se apresuró a hacerle la visita ofrecida, aprovechando el primer arribo del vapor San Carlos, que los jefes costarricenses pusieron a su disposición, pues todos ellos le profesaban respetos y simpatías como si hubiera sido su superior.

El 2 de marzo a las 5 de la tarde se fué a bordo, y allí el Mayor Clodomiro Escalante le hizo ostentosa recepción. El 3 en la mañana ancló el vapor en San Jorge y poco después Xatruch, Zavala y Chamorro (Fernando) llegaron a ver al General, con quien regresaron prontamente aprovechando la calma del lago. ¡Qué placer el de toda la división septentrional al ver a su primer jefe. Esa división estaba al frente del enemigo cubriendo la línea occidental del pueblo, cuyos puntos visitó Martínez, antes de instalarse en la tienda de Chamorro.

El día siguiente continuó la marcha pasando por Tortuga, y hasta el día 6 al amanecer [no] desembarcó en San Carlos, en donde el señor Mora con su estado mayor le recibió al desembarcar, y le condujo a su habitación. Martínez le dijo que cumplía su ofrecimiento de visitarle, con tanto más interés cuanto que temía que no quisiese aceptar el nombramiento de los gobiernos, según las manifestaciones que le hizo en Granada, y que por tanto interponía toda su amistad para que se resolviese a aceptar. Mora, después de excusas fingidas, contestó que accedería venciendo su repugnancia, en cuyo momento aquél le impuso de las razones por qué permanecía en Granada con orden del General en Jefe interino, pues él (Martínez) por el convenio de 12 de septiembre desempeñaba el rol de un gobierno administrando los departamentos que le fueron demarcados. Que sin embargo estaba dispuesto a asistir al teatro de la guerra siempre que le llamase el General en Jefe, el cual le rindió las gracias, y le insinuó que por su doble ocupación debía residir en Granada como siempre, pero que le llamaría en todo caso necesario.

Martínez partió para Granada, y Mora para San Jorge, el cual tomó posesión del mando el día 18 de marzo, desde cuya época se dieron varias acciones parciales bastante desfavorables a nosotros. Un poco abatido Mora con estos incidentes habló en privado a Chamorro sobre la necesidad de la presencia de

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Martínez en el ejército, y como éste (1) le impartiese el deseo de aquél, en el acto mandó alistarlo todo para trasladarse a Rivas.

La principal dificultad que a Martínez se presentaba era el dejar a Granada en estado de que no pudiesen ocuparla los empleados del Gobierno Provisorio, a cuyo fin llamó al Coronel Estrada, que estaba retirado por enfermedad, desde el ataque de Walker a Masaya, a quien dejó una guarnición competente para hacerse respetable en todo caso.

El 3 de abril llegó Martínez al campamento, y el señor Mora le hizo muy buena recepción; pero poco después, el 10, hubo un consejo para convenir en un asalto con que Mora había pensado concluir la guerra el día siguiente 11, aniversario de la gran acción entre los costarricenses y filibusteros.

Martínez, lo mismo que Chamorro y Xatruch opinaron en contra por la razón clara de que la deserción del enemigo era tan grande, que auguraba ya su rendición, por cuyo voto Mora se disgustó, y dijo: «*No consulto si conviene o no el asalto; quiero que convengamos los detalles*». El mal éxito de la acción picó aun más al señor Mora; pero no externó su enojo contra los disidentes en el consejo, sino hasta el suceso que vamos a referir.

Se anunció la llegada al campamento del General Gerardo Barrios, con un ejército salvadoreño, y el señor Mora creyó que el triunfo que se veía tan próximo se iba a atribuir al citado Barrios. En tal virtud resolvió aceptar o aprobar la capitulación que fué celebrada entre el Comandante Davis de la corbeta americana *Santa María*, y el filibustero Walker. Mora, al aprobar dicha capitulación, quiso que fuese firmada por los jefes aliados; pero los mismos Martínez, Chamorro y Xatruch le contestaron que no la firmaban porque la creían *ignominiosa*. No se exigió a Walker siquiera la promesa de no volver a Nicaragua, y antes bien salió con honores y protestando que muy pronto volvería a recobrar su posición.

Aun hubo más: el mismo señor Mora mandó un ayudante a pedir unas bestias para conducir a Walker y a su comitiva a San Juan del Sur, y Martínez le contestó que no tenía más que las propias y las de sus subalternos, las cuales no tenía voluntad de brindar para que fuesen en ellas los asesinos e incendiarios de su patria.

Mora entonces estalló de cólera diciendo que Martínez y Chamorro no eran más que soberbios, orgullosos, que se creían superiores a él que era un General *de Congreso*, y no como ellos *de revoluciones*, y otras cosas semejantes. Al embarcarse recomendó a un nicaragüense que dijese a Martínez que debía reconocerlo como enemigo. Mora iba con la convicción de que Nicaragua estaría pronto en guerra civil, pues quedaban arma-

(1) Es claro que el pronombre *éste* se refiere a Chamorro y no a Martínez como lo hace parecer la mala construcción.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dos los antiguos partidos, y que al favor de la nueva contienda, Costa Rica iba a ser dueña del río de San Juan y de la margen Sur de nuestro Lago, por lo cual no entregaron las fortalezas ni los vapores que tenían en su poder.

Martínez y Jerez se vinieron por agua a Granada conversando muchas veces con otras personas sobre las interioridades del país. El corto tiempo que el segundo estuvo en dicha ciudad, recibió muestras de consideración de sus compañeros de armas, y cuando continuó su viaje, vinieron a encaminarle los jefes principales y muchos subalternos.

Al pasar por la Aduana le dijo Martínez a Jerez: «¿Qué le recuerda este lugar?» «El combate del 25 de enero». Aquél le señaló el punto donde le mataron el caballo, y el camino de Sacatiligüe por donde se salvó a pie, y así estuvieron recordando los detalles de aquella acción tan bien dirigida por Corral.

A continuación Jerez dijo en privado, sonriéndose, al que escribe estas líneas: «*Al verme solo entre tantos legitimistas, hice tan vivos recuerdos que me imaginaba prisionero de guerra. ¡Qué cambio de circunstancias; quiera Dios que no volvamos a cometer tantos extravíos*».

Junta de Notables

Desde que se vislumbró el triunfo sobre Walker, todos cavilaban en la reorganización del país, preocupados muchos con las probabilidades de una nueva, o con la continuación de una guerra civil. Los buenos nicaragüenses, temerosos de la crisis, se habían alucinado creyendo que los gobiernos intervendrían eficazmente hasta dejarnos reorganizados en completa paz; pero luego vieron desvanecidas sus halagüeñas esperanzas al ver que los aliados salieron con la mayor prontitud, dejándonos entregados a nuestros propios esfuerzos.

Lejos de esa intervención apetecida se nos ofreció otra que creímos funesta, la del General Barrios (Gerardo) que por sus antiguas simpatías con los liberales rojos, se le calculó inclinado a que el mando de Nicaragua quedase en manos convenientes a sus designios, pero no propias para restañar las profundas heridas que la democracia, sola y aliada con el filibusterismo, había hecho a la Nación.

Barrios, como es sabido, pensaba más en volcar al Gobierno que le había enviado a la campaña, que en la campaña misma; y así fué que ni él ni su ejército pasaron de León. Allí, mientras tramitaba el golpe a don Rafael Campos, Presidente de El Salvador, para colocarse en su lugar, pensó desempeñar el papel de reorganizador, y al efecto, con fecha 6 de mayo (1857) expidió una circular a todos los notables del Es-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tado para que, reunidos bajo su presidencia, conviniesen en la persona que debía gobernar la República constitucionalmente.

Martínez no quiso concurrir; y de acuerdo con muchos hombres de su partido, envió al General Chamorao (Fernando) acompañado de don Ignacio Padilla y del autor de esta Biografía.

La Junta, tan numerosa que no cabía en el salón de la casa nacional, fué presidida por Barrios, quien desplegando su lenguaje fácil, culto y elegante, hizo saber el objeto de la reunión y el éxito que se prometía. Allí lució don Pedro Zeledón, más que por su oratoria, por su valor cívico en presencia de los Ministros del Gobierno de Rivas, de quien dijo verdades amargas, precisas al tratar los sucesos que en esa ocasión se ventilaron. Por fin llegó a convenirse en la candidatura de don Juan Sacasa, en cuyo momento más de cien voces repitieron vítores a Barrios y al que ya se creía futuro Presidente de Nicaragua.

Chamorro tuvo la advertencia de expresar que no comprometía más que su persona, y en manera alguna a su partido, en el cual no tenía decisiva influencia; pero fué tal la festinación de aquella concurrencia, que lo creyeron todo concluído. A continuación sucedió el desacato de Zavala contra el Gobierno, y éste llamó a Chamorro, quien no pudiendo ir por una calentura que padecía, fuimos los que lo acompañábamos, nada más que a saber que toda negociación estaba interrumpida por la presión en que se hallaba el Gobierno.

Nosotros dejamos a León a punto de ser inundado en sangre. Barrios vió descubiertos por Belloso sus inícuos planes de rebelión, y salió apresurado para El Salvador, donde rindió la espada ante la autoridad del señor Campos.

Nuestros arreglos, pues, quedaron en nada, y el país definitivamente entregado a sus propios hombres para su propia organización.

Junta de Gobierno

El convenio de 12 de septiembre salvó a Centro América del filibusterismo. El decidió a los Estados a emprender la guerra nacional.

El convenio de la Junta de Gobierno salvó a Nicaragua de la guerra civil, y fué la base de la reorganización de la República.

Son, por tanto, los hechos más honrosos, más trascendentales, que contará nuestra historia, desde la independencia de España hasta la época presente.

Habiendo quedado sin efecto la Junta de Notables de que hemos hablado, pareció inminente el peligro de la guerra civil. El artículo 1.º del convenio de setiembre imponía al Gobieerno

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Provisorio la obligación de convocar al pueblo a elecciones ocho días después de arrojados los filibusteros; y esa convocatoria no podía efectuarse en paz sin una inteligencia previa de los partidos.

El conservador creyó conveniente ocupar a Managua antes que los democráticos, según lo que resolvió una Junta que convocó el General Martínez, la cual celebró una acta ofreciendo los capitales de sus miembros y todo el poder del partido para sostener la guerra, si ese trance era necesario. Ella misma indicó la ocupación de Managua, que podemos decir era un *casus belli*, o de rebelión si se quiere, puesto que Managua no estaba comprendido en la demarcación hecha por dicho convenio; mas la Junta quiso que la fuerza avanzada fuese al mando del Coronel Estrada.

Martínez acogió el acta, manifestando que él debía ir a la cabeza de la fuerza, y la razón que le movió fué desvestir aquel paso, en lo posible, de toda apariencia de hostilid, y antes bien revestirle del noble propósito de acercarse para entenderse en arreglos.

El General no quería la guerra, no tanto porque él estaba en el compromiso de dirigirla, sino porque el descrédito del país iba a ser extremado, volviendo a la lucha fratricida, cuando apenas dejaban nuestras playas los extranjeros, entrometidos al favor de la guerra.

Los managuas amigos recibieron a Martínez con mucho regocijo, saliendo de la inquietud que tenían de que el Gobierno Provisorio hubiera situado fuerzas en la plaza; pero tal era el estado de la población que no hallaban donde hospedarle. Las casas generalmente desocupadas, inhabitables; la de alto, incendiada; las calles, montuosas y desiertas; la plaza era un bosque donde no se veía un hombre a corta distancia.

La pequeña casa de don Justo Alvarez, situada a media cuadra de la plaza de San Miguel, en la calle que conduce del ángulo N. O. para la plaza principal, fué la mejor que pudieron ofrecerle.

El país, a pesar de los recientes sucesos, era una Babilonia. Cada partido prefería la guerra antes que quedar bajo la mano del otro. Los conservadores temían no sólo el odio de los democráticos, sinó los compromisos interiores y exteriores contraídos por ellos para la pasada guerra; éstos temblaban de la venganza de aquéllos. Los militares del país y forasteros y todos los que aspiraban a vivir de revueltas, querían la guerra, importándoles poco el crédito del país y que Walker retornase con su falange de bandidos; y sólo había una esperanza, que consolaba a los muy pocos que podían saberla, y era que ni Martínez ni Jerez querían la guerra, porque ambos habían visto sus efectos, conocían sus peligros, y habían soportado las miserias y trabajos consiguientes.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Desde luego no comprendemos a varios militares y a otros tantos propietarios pacíficos que querían la paz a cualquier precio, debiendo mencionar especialmente al General Chamorro (Fernando) quien a proporción que se aproximaba la conclusión de la guerra, redoblaba sus esfuerzos por una inteligencia entre los caudillos Martínez y Jerez, único medio de eliminar la guerra que teníamos a la vista. De él conservamos una carta dirigida a Martínez muchos días antes de la capitulación: «*Es preciso que U. y Jerez, como los hombres de más prestigio, se resuelvan a tomar el cargo de constituir la República para salvar la situación difícil en que entrará después de la caída de Walker*».

Así pensaba, hablaba y lo probaba con sus hechos aquel joven General, honor de Nicaragua, no por su fortuna, ni por su posición social, sino por su verdadero patriotismo, por su modestia y abnegación. Si fué admirable que reconociese la superioridad de Martínez a quien cedió el puesto en la guerra y en la paz, ayudándole siempre en sus proyectos, fué mucho más que quisiese el mando en manos de Jerez enemigo jurado de su partido y de su familia especialmente.

Bien pues, a instancias de los que preferían la paz, se propuso una conferencia en Managua entre comisionados de uno y otro bando, y aceptada que fué, vino Jerez con no menos de doce ciudadanos de León más o menos prominentes en dicha ciudad; otros tantos fueron de Granada, y sin pérdida de tiempo iniciaron las conferencias, en que a primera vista se notó la divergencia de pretensiones y la dificultad de llegar a la conciliación apetecida.

Si uno proponía la Presidencia de un partido, y el Ministerio de otro, cada uno aceptaba la primera; si convenían en el personal de la magistratura suprema, la disputa consistía en el mando de armas y en la distribución de las carteras, y aun de empleos subalternos, y así estuvieron divagando en proposiciones aceptadas por una parte, e inadmisibles por la otra.

El General Cañas, que tan adicto parecía a la democracia, fué el único que no corrió a su país a recibir las ovaciones que recibieron los aliados en su regreso. Quedó aquí por algún tiempo y trabajó con mucho empeño en la inteligencia de los partidos, contra la mira de sus cuñados los señores Moras, que deseaban la revolución en Nicaragua para anexar parte de este territorio a Costa Rica.

Llegaron las cosas al extremo que parecía demás el inventar proposiciones de arreglo; entonces Martínez quiso sondear el ánimo de los conservadores para saber a qué atenerse en cualquier temperamento que se adoptase. Les habló francamente de las dificultades de la guerra, sin recursos para sostenerla, cosa posible en una guerra nacional, pero no en una civil, y así los excitó a que cada uno ofreciese su primer contribución para emprender la campaña, pues hasta entonces

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

todos hacían promesas generales, pero sin detallar una cantidad de presente. A esta invitación contestaron los reunidos con los mismos ofrecimientos de sus capitales y servicios, pero manifestando la imposibilidad de dar dinero en aquellas circunstancias. Don José Lejarza fué el único que suscribió $ 3.000 de presente y una cantidad mensual que en proporción se le señalase.

Entre tanto, los conservadores fijaron una proposición, y la presentaron a los occidentales como el *ultimatum* a que debían responder la noche próxima. La contestación fué negativa, y desde ese momento comenzaron a despedirse unos y otros externando cada uno sus sentimientos de no haber hecho ningún arreglo.

A las 6 de la mañana del próximo día los leoneses y los granadinos se alistaban para la marcha, en ocasión que Martínez estaba en su posada sin más compañía que la de don Ignacio Padilla y del que escribe estas líneas. De improviso entró Jerez con don Evaristo Carazo, el cual preparó a Martínez para que oyese una proposición que aquél quería hacer. Jerez iba excitado, y dirigiéndose al citado Martinez, le dijo: «*General: ¿tiene U. confianza en su partido?*» «Sí, la tengo». «*Pues bien, ¿quiere U. que asumamos el poder y gobernemos la República dictatorialmente hasta que reorganicemos el país?*» «Sí» fué la respuesta *sin vacilar*, y en el acto se escribió y firmó un compromiso en pocas palabras.

Martinez respondió como inspirado, sin meditar, y hasta después que salió Jerez referimos cómo en dos palabras se había celebrado todo un convenio, a que no habían podido llegar casi todos los pensadores de Nicaragua. Tal cosa decíamos cuando entró Jerez, más excitado que antes, y dijo: «*General: Aunque yo confío en mi partido, vengo a prevenirle que no sería extraño que me desaprobase lo que he arreglado, y quizá se me aprisione para que no venga a cumplir lo estipulado. Para evitar esto y dar prueba de que no hay engaño de mi parte, quiero que en este caso U. solo constituya el Gobierno, y obre en el sentido que hemos hablado, como si estuviésemos juntos*». «Acepto», contestó Martínez, y se escribió un artículo adicional, que firmó Jerez, despidiéndose en el momento.

La noticia de este convenio impresionó gravemente a los conservadores, de modo que muchos que iban a despedirse del General, regresaban de la puerta al saber el convenio que había firmado. Todos recordaban cuánto se había peleado y trabajado para perder, decían, en un momento. Creían a Jerez una *águila* y a Martínez una *paloma*, y de su junta predecían que aquélla devoraría a ésta.

Don Joaquían Zavala se opuso con mucho juicio al abandono que todos hacían de la cosa pública, pero joven aún su voz no tenía prestigio, y era demasiado el despecho de la ge-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

neralidad. «Consideran, les decía, perdido todo; pues lejos de abandonar a Martínez, apoyémosle hoy más que nunca, y nuestro triunfo es seguro; mas si le dejamos solo, no nos quejemos de la pérdida».

Lo mismo que los conservadores, veían los democráticos perdida su causa en la Junta de Gobierno: creían que Jerez los había entregado, y tan penoso les era suscribir el convenio, que hubo pensamientos de desaprobarlo. Este general les respondía con el siguiente paralelo que oímos a él mismo. «*Martínez se lanzó a la guerra nacional con su partido sin reserva; formó jefes, oficiales y soldados; adquirió armas y elementos de guerra, y sobre todo, se atrajo las simpatías de todos los gobiernos centroamericanos. Nosotros al contrario, no tenemos sino muy pocos soldados y elementos, y seríamos solos en la lucha, porque generalmente los que hoy reprueban mi conducta, no quisieron acompañarme al teatro de la guerra, y antes bien no querían que yo fuese, pensando que era más oportuno el reservarnos para no estar gastados el día en que tratásemos de resolver las cuestiones interiores*».

A nuestro modo de ver, Jerez tenía razón; no pudiendo pelear con ventaja, buscó una pendiente suave para llegar a la reorganización de la República con honor, con esperanzas de mejorar más tarde, cuando ya se hubiese borrado un poco la mancha tan viva que tenía sobre sí el partido liberal: *la introducción* y alianza con el filibusterismo. Tan recta y hábilmente obró Jerez en esa época, que nos parece el «lúcido intervalo» de su larga vida pública.

Muy pronto volvió de León con el convenio aprobado, urgiendo la instalación del Gobierno Binario, porque el Provisorio de don Patricio no debía disolverse sino hasta saber oficialmente que se había inaugurado en Managua el de los dos caudillos pascicentes.

Martínez, hombre nuevo en estos negocios, a proporción que llegaba el momento de la realidad, iba cayendo en tal desmayo, que a veces deseaba un incidente, que le librase del compromiso que había contraído. Tal era su desconsuelo al verse abandonado, con pocas excepciones, del partido que debía sostenerle; pero en fin, reflexionaba él mismo que si el tratado de septiembre, hecho con la misma oposición, había sido tan fecundo en bienes, otro tanto podía resultar del de junio, que era aplaudido por los mismos que aplaudieron [a] aquél. «El dado está tirado», decía don Fernando Chamorro, que veía realizado su pensamiento según su carta que insertamos antes.

Escrito estaba sin duda que tan encarnizada revolución no debía terminar sino por una Junta de los jefes militares de mayor prestigio. Este fué el pensamiento de Muñoz que, por medio de Cortés, propuso a Corral poco antes de la acción de El Sauce, y que finalmente claudicó con la muerte del primer caudillo; fué la misma idea que entretuvo Chamorro en sus

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pláticas con Jerez, y por último, el que mediante la anuencia de éste y de Martínez, vino a realizarse el 24 de junio de 1857.

Martínez había trasladado su habitación a una pequeña casa de piso alto, situada en la calle que conduce al Sur, partiendo del ángulo S. O. de la Plaza Principal, y a una cuadra distante en la línea Occidental, y en ella misma se inauguró la Junta de Gobierno, y tuvo su despacho por algunos días, hasta que pudo trasladarse a otra más cómoda que se aderezó en dicha plaza.

Al ver la instalación en la citada casa, sin aparato alguno, sin más muebles, que una mesa sin carpeta; al ver a los jefes con su vestido común marchando al Templo entre una valla de soldados a gran distancia el uno del otro; al oír el *Te Deum* más triste que quizá se ha cantado en nuestras funciones cívicas; al ver que los pocos concurrentes se reían de aquel espectáculo que les parecía ridículo, todos presagiaban que la Junta no podría dar un paso, teniendo dos cabezas tan opuestas, y que su vida iba a ser efímera, concluyendo luego con un pleito entre los dos mandatarios. *Mellizo, gemelo, chacho,* con estos y otros apodos mentaban [a] aquel Gobierno, de quien esperaban nada bueno y mucho malo; pero en fin, vueltos del acto religioso a la Casa de Gobierno, iniciaron sus tareas, y ¡cosa risible! para ello el General Martínez sacó unos reales de su bolsillo para comprar papel, tinta y otros útiles de oficina; y lo mismo hicieron otros mientras no se dispuso de un producto de la Hacienda Pública.

No sólo en el interior, sino también en el exterior se pensó muy mal y se profetizaron muchos males de un Gobierno anómalo, incompatible, decían, por ser compuesto de elementos heterogéneos; y no hay duda que hablaban una verdad en teoría, pero no en la práctica, por cuanto en esa Junta se habían amalgamado esos elementos, estaban identificados, mejor dicho, en el pensamiento de restañar las heridas de la patria, y de llevarla al orden constitucional.

Se puede decir, sin exageración, que no hubo Junta de Gobierno. Martínez era el dictador: sólo a él dirigía el pueblo sus peticiones, y Jerez mismo las declinaba. En pocos casos de mucha gravedad hubo alguna lucha o resistencia, pero no tardaba éste en ceder, ya ante las palabras netas y concisas del colega, ya ante la astucia y diplomacia del Ministerio.

Martínez tuvo la feliz inspiración de llamar a la Cartera de lo Interior al doctor Rosalío Cortés, hombre a quien procuraba atraer, según dijimos, desde la guerra civil, cuando se empeñó en llevarle a la acción de Pueblo Nuevo. De allí fué Cortés a la cárcel de León; de ella salió enojado con la democracia; la causa contra el filibusterismo lo asimiló al partido conservador, con el cual asistió a las conferencias de Mana-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

gua, y mediante ellas, Martínez lo elevó al Gobierno sin desagrado de los mismos conservadores.

Jerez vió este nombramiento como una prenda de buena inteligencia, y correspondió proponiendo al Lcd. don Gregorio Juárez para el Ministerio de Relaciones, hombre a quien Martínez conocía a fondo, y que no podía serle más acepto.

Los hombres generalmente tienen una época, y la de Cortés, no hay duda, fué la de esa transición dificilísima de la guerra nacional a la reorganización de la República. El localismo por un lado, vínculos sagrados por otro, le atraían quizá o le dominaban en las contiendas pasadas, especialmente en la democracia en que se le vió desempeñar un papel equívoco, al menos en concepto de los partidos, cuya lógica es altamente rigorosa.

En la Junta de Gobierno era llamado a mantener el equilibrio; debía ser conservador con Martínez, liberal con Jerez, nicaragüense con ambos, y ese rol tan difícil, él y sólo él pudo desempeñarlo. El, diremos, era el intérprete entre los dos jefes; y con bastante talento y genio para calmar al uno y persuadir al otro, no hay duda que fué el alma de esa Junta que, anunciada como la Caja de Pandora, fué en realidad el arca en que Nicaragua surcó un mar tempestuoso y pudo arribar a las playas sobre que marcha hasta el tiempo presente.

Juárez, cándido y laborioso como el que más, puso su variado saber a disposición de la Junta, bien entendido con Martínez de quien era amigo. y con Cortés su próximo deudo. Trabajaba día y noche en los asuntos de su cometido, lo mismo que en otros que se le añadían, de suerte que lejos de representar partido, coadyuvaba a la armonía que debía reinar y a la formación del edificio que se trataba de levantar.

Esta fué la razón por qué ese Gobierno, sin estropiezo alguno y con un tacto admirable, procedía en todos sus pasos, y además la razón por qué en lo general obraba como si hubiera tenido una sola voluntad. El General Estrada fué nombrado Comandante de la Guardia de los Supremos Poderes: el General Chamorro, Gobernador de Granada; don Apolonio Marín, Prefecto de León; y así, en los nombramientos de empleados más o menos subalternos en que por lo regular se escogían los hombres que habían pertenecido al bando conservador o a la parte notable y moderada del democrático.

Sin embargo, los conservadores notables que reprobaron la Junta, no estaban satisfechos, no viendo aún que Martínez mandaba en ella, y que Jerez, con toda su inteligencia, lo había cedido el campo, contento únicamente con la justicia que se hacía a su partido y con las concesiones que aquél tenía a bien hacerle.

[No] fué hasta la emisión del decreto de 3 de agosto de 1857 que los más aferrados confesaron el predominio de Martínez

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

en el Gobierno, sin embargo de que tan claro se veía en la provisión de los destinos públicos y en el espíritu de las disposiciones que se daban. Por dicho decreto se dispuso que todas las gracias concedidas a los que lidiaron en la campaña nacional fuesen extensivas a los que sirvieron contra los filibusteros antes de la fusión de los partidos, verificada el 12 de septiembre de 1856; y en efecto, con esta disposición hería Jerez gravemente a su partido, condenándolo como faccioso desde su alianza con Walker.

Llevado así el país en completa calma a un estado de conciliación, en que podía pasar al régimen constitucional, Martínez, de acuerdo con sus amigos, habló a Jerez sobre la conveniencia de convocar al pueblo a elecciones, y aunque contestó en el mismo sentido, creyó que su respuesta era evasiva, mucho más cuando advirtió que ponía dificultades en cada punto del proyecto que por algunos días estuvo a discusión. Verdad es que la discusión era interrumpida a cada momento con la abundancia de asuntos que presentaban los Ministros diariamente; pero en fin, ya se prolongaba la emisión de la convocatoria, y esto comenzó a exaltar el ánimo del citado Martínez.

A consecuencia de esto, [en] cierta ocasión que parecía concluído el mencionado asunto, Jerez volvió atrás con algunas observaciones, en cuyo momento se levantó Martínez con rapidez, tiró el borrador que tenía en sus manos, tomó su sombrero y dirigiendo la vista al colega, le dijo: «General, parece que le han puesto bien el apodo de *Buey Limón*». (1) Jerez siguió con la vista a Martínez, y sonriéndose decía: «*Este General se acalora a veces sin motivo; pero todo es nada; ya terminaremos luego ese enfadoso asunto*».

Martínez no volvió al despacho sino hasta el día siguiente, y después de manifestar que su deseo de convocar al pueblo a elecciones era por satisfacer la ansiedad pública, manifestada por la prensa, especialmente por la de Granada, comenzaron de nuevo la discusion, y entonces no hubo la menor dificultad en emitir el decreto de 26 de agosto de 1857, que fué recibido con aplauso general.

Tendrán presente nuestros lectores que la Constitución de 1838 no tenía ya fuerza alguna, por lo cual se había procurado su reforma, emitiéndose proyectos en diferentes épocas, especialmente el de 1854. Así fué que si la Constitución antedicha cayó en desuso en el torbellino de las revoluciones, podemos decir que en 1857 fué completamente abrogada por la

(1)—Refiere un cuento popular que el Buey Limón era tan astuto que entraba y salía a las sementeras caminando para atrás, y así era que el dueño lo consideraba afuera cuando estaba adentro y viceversa, de suerte que nunca pudieron atraparlo. (N. del A.)

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

existencia de la Junta de Gobierno que entró a regir dictatorialmente la nación con el consentimiento de ella misma.

Por tal motivo el pueblo debía ser llamado a elegir una Asamblea Constitucional, que le diese su Carta fundamental, y que fuese al mismo tiempo legislativa para que regulase los votos para el primer Presidente de la República, que también debía elegirse.

Publicando este decreto, ni Jerez ni su partido podían esperar un triunfo en las elecciones, y pensó aquél que lo más político era que los democráticos tomasen la iniciativa, proclamando del partido opuesto [a] aquél que creyesen más propicio a ellos. No tenían que vacilar; ese hombre lo habían conocido claramente en la Junta de Gobierno, y era el mismo General don Tomás Martínez.

El convenio de 12 de septiembre, y el de la formación de la Junta citada celebrados a despecho del partido conservador, les habían convencido que mandaba, y que no podía servir de instrumento para las venganzas que temían. El mando, durante la propia Junta, les probaba que era accesible a sus demandas de justicia o de equidad; pero en privado, allá en sus expansiones secretas, resaltaba la vanidad de que Martínez era *leonés*, y que en León tenía su familia y bienes raíces.

Se apresuraron pues los democráticos a proclamarle su candidato.

Los conservadores le proclamaron también, porque siempre había sido su correligionario, por sus grandes servicios en las campañas de la legitimidad y contra el filibusterismo, y porque últimamente le titulaban su caudillo.

El pueblo lo recibió con entusiasmo, fascinado como siempre por la gloria militar, de suerte que el problema presidencial quedó resuelto del momento. Desde la Independencia hasta hoy no se ha presentado una elección más pacífica y armoniosa, y quien sabe si en Nicaragua volverá a presentarse semejante fenómeno político. Unos tres votos faltaron en la totalidad de los sufragantes para que hubiera sido unánime la precitada elección.

Era tal la armonía de los nicaragüenses en esa época, que en vez de abatirse por sus recientes desgracias, oyeron con indignación las pretensiones del Gobierno de Costa Rica de hacerse dueño del Río de San Juan y de la márgen sur de nuestro Lago, hecho que creyeron fácil por el estado convaleciente del país, y por tener en su poder los vapores de la antigua compañía, Nicaragua se consideraba agradecido a Costa Rica por sus hechos en la campaña, pero de ningún modo para inclinar su frente ante una desmembración de su territorio.

Al ver declarada de hecho la guerra, la Junta de Gobierno entró en discusión, y resolvió aceptarla en decreto de 19 de octubre de 1857, que mereció la aprobación de todo el país.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Martínez quería que Jerez fuese el General en Jefe del ejército como la mayor prueba de confianza que quería darle; Jerez quería que fuese Martínez; y por fin, resolvieron ir los dos a la guerra, y aunque se entabló la misma lucha de deferencias respecto del mando en jefe, oportunamente cedió Martínez diciendo que la negativa del colega era inquebrantable, y el tiempo se perdía en discusiones.

Mucho antes de este acontecimiento, en 31 de agosto (1857) la precitada Junta había dado uno de los decretos que más revelan su armonía y previsión, disponiendo que en falta de uno de los jefes, podía encomendar al otro el pleno ejercicio del Poder. o nombrar otra persona en su lugar con el beneplácito del que quedaba. Así mismo, que si los dos faltaban, podían de acuerdo nombrar dos o una persona que los subrogase.

Este último caso llegó en el incidente que veníamos relatando, y así fue que al separarse los citados jefes, sin vacilar nombraron a los dos Ministros don Gregorio Juárez y don Rosalío Cortés, como los dos hombres que conocían mejor los asuntos y negocios de esa época. Los Ministerios que estos señores desempeñaban fueron anexados al de Hacienda, que quedó como único o general de la nueva Junta.

Desde luego, Jerez fué destinado a levantar el ejército de occidente, y aunque la opinión no podía ser más favorable, incidía una dificultad hija de la desconfianza de los antiguos partidos.

Los leoneses excusaban traer sus armas a estos departamentos porque temían un desarme, y quedar entonces a merced de los conservadores, sin saber que éstos récelaban de Jerez con una división armada en el corazón de estos mismos pueblos.

Martínez creía muy fatal hacer ostensible cualquiera de estas desconfianzas naturales de las rivalidades anteriores, en cuya virtud dió orden para que toda arma del almacén de León que trajese el ejército expedicionario, viniese marcada con las letras N. L. a fin de que no pudiesen confundirse con las de los otros puntos. Esta medida dictada sin exigencia infundió confianza en aquel pueblo, y sin tardanza vino una división al mando inmediato del General Escobar, que llegó hasta Rivas con el orden más completo.

Entre tanto la Asamblea Constituyente se instaló el 9 de noviembre (1857) y habiendo abierto los pliegos declaró la elección hecha en Martínez con la popularidad que mencionamos, y que difícilmente podrá repetirse en este país. Pocos días después tomó posesión en el seno del Congreso, estableciendo un programa de conciliación, de orden y libertad, que antes parecía utópico, y aun después no ha dejado de ofrecerse como la pauta de los gobiernos, sin embargo de que al cum-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

plirlo no se ha seguido con la exactitud que su fundador, quizá por la diferencia de circunstancias.

La Junta de Gobierno dejó de existir dejando burladas las profecías de cuantos vaticinaron males de su existencia, y no sólo esto, sino admirando al mundo por su cordura, habilidad y acierto en los negocios. Tomó sobre sí la difícil tarea de sacar a la República del caos en que había caído en tres años de anarquía, y alcanzó su objeto por su abnegación y patriotismo.

Primer Período Constitucional

El primer paso del Presidente fué organizar el Ministerio llamando a Juárez y Cortés a las mismas carteras que desempeñaban antes de ser jefes de la Junta.

El mismo día de la posesión entró Jerez a Managua con el resto de la fuerza que había levantado en Occidente, habiendo anunciado varias cartas y noticias confidenciales que traía el plan de apoderarse del Gobierno, acabando de un golpe con el personal y con los principales hombres reunidos en la capital, cuyos anuncios confirmaban las sospechas de muchos conservadores, que no dejaban de ver a Jerez como el General de Jalteva. Martínez no participaba de ellas por la razón que a todos daba: «*Jerez es valiente, franco y leal: no puede ser traidor*». Sobre todo, decía, no conviene manifestar temor alguno, y así fué que no esperó en su habitación, donde tenía la guardia de honor, la entrada de la división occidental, sino que fué a presenciarla a la Casa de Gobierno: allí llegaron a saludarlo todos los jefes y oficiales, aquellos mismos que inspiraban tanto horror en los días días de la democracia.

Mas era tal la desconfianza, que muchos salieron de la ciudad la noche próxima, y a la entrada de la misma, un oficial granadino llegó a participarle que en las cercanías de Managua, al Oriente, pernoctaría una fuerza de dos a trescientos hombres escogidos y bien armados, para una eventualidad, los cuales habían salido de Granada con disimulo y se habían colocado cerca de la capital del mismo modo. El General temió que Jerez supiese aquella precaución; pero en fin, esa noche en que sólo Guzmán acompañaba á Martínez, la pasamos en completa calma.

Jerez siguió la marcha a Rivas, y como Martínez quiso irse en seguida, ya le fué preciso manifestar su designio a la Asamblea, la cual eligió al Diputado don Agustín Avilés para que ejerciese el Poder Ejecutivo de la Nación. Estaba dado ya el el decreto que el decreto que asimilaba los Diputados a los Senadores para que llenasen las faltas del Presidente, ya fuesen accidentales o absolutas.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Martínez, pues, partió para Granada donde se había organizado la División Oriental, y de allí continuó para Rivas a ponerse al frente del ejército nicaragüense.

Interpolaremos aquí un episodio privado, pero que tiene cabida por la época de su realización.

El General Martínez, aunque rayaba en 37 años, no había pensado casarse: su familia, su carácter y la inconstancia de su fortuna, creía que le alejaban de ese estado. Lo peor era que no tanto por afección, cuanto por consecuencia, tenía que condescender a unas relaciones poco honrosas, y de las cuales se habría librado con alguna dificultad en la vida privada, pero no así en la pública, porque entonces, respetando su posición, y la crítica de la sensatez, se sobrepuso a toda consideración y apartó aquel objeto que él mismo conoció le era perjudicial. Desde ese momento pensó diferente, pensó en casarse, y hasta llegó a creer que su destino era manifiesto, porque entre las ruinas de Granada había visto a una señorita que le había inspirado simpatías, sin saber siquiera la familia a que pertenecía, la misma que le indicaban sus amigos para esposa cuantas veces se trataba de matrimonios.

De allí fué que cuando se resolvió al cambio de estado, naturalmente pensó en aquélla en quien tantas circunstancias habían ocurrido. Arregló su enlace, y queriendo verificarlo a mediados de diciembre, (1857), al pasar por Granada dejo su poder especial a don Fernando Guzmán, tío de su futura, puesto que los negocios del Estado no le permitían demorarse en esta ciudad, y así continuó para Rivas, y hasta su regreso [no] vino a unirse a la mujer objeto de su respetuoso amor, de quien fué todo un fino esposo, y con la cual tuvo varios hijos que endulzaron su vida doméstica. Doña Gertrudis Solórzano es el nombre de la viuda, que conserva fiel la memoria de su esposo, y guarda su tumba, como que en ella reposan las cenizas del hombre que le dió su mano con todo su corazón.

Volvamos al hilo de la biografía. Cuando Martínez llegó a Rivas encontró al General don José María Cañas y al Licenciado don Emiliano Cuadra, comisionados para arreglar la cuestión que había alterado la paz entre las dos Repúblicas. Los Moras estaban mal en su Gobierno, y temían que el partido de oposición se levantase al favor de la guerra con Nicaragua, por cuya razón se apresuraron a mandar los comisionados referidos, desistiendo desde luego del proyecto de ensanchar su territorio, que habían entretenido por la creencia de que los nicaragüenses no tenían como hacer la menor resistencia. Otra circunstancia había en favor del arreglo. Hasta entonces habían sucedido como cuatro escaramuzas entre los beligerantes, y en ninguna había resultado un muerto o un desastre, que enconase los ánimos, de modo que aquella guerra la apellidamos *la guerra sin sangre.*

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

Otra circunstancia más digna de consideración fué el aparecimiento de los filibusteros en la escena, quienes, sabedores de la ruptura entre Nicaragua y Costa Rica, se habían apresurado a reconquistar el país, objeto de sus desvelos, y aún habían tomado El Castillo, hasta entonces custodiado por fuerza costarricense. Nos pareció entonces que iba a iniciarse otra era más sangrienta y destructora, que la que en 1º de mayo había terminado con la capitulación de Rivas.

Todo esto, pues, condujo a los arreglos; pues Cañas no vaciló en entregar los vapores y, excusando cuanto podía el designio de su Gobierno, firmó unas bases estipuladas con Martínez, que al mismo tiempo que eran un armisticio, hacían relación a las antiguas diferencias entre los dos países.

Así terminó de pronto la guerra con la vecina república, y cuando acababa de despejarse el horizonte por el Sur, nos vino la noticia de que el nubarrón del Norte le había deshecho el soplo de un hombre honrado. El Comodoro Paulding había arrestado a Walker en Punta de Castilla, y con su falange de bandidos lo hizo volver a la América del Norte.

Nuestro ejército se licenció con el orgullo del que ha llenado su deber. Martínez retornó a Granada, donde recibió ovaciones más cordiales, porque el pueblo veía en su matrimonio un vínculo nuevo o un título más a la estimación que le tenía. De allí salió para Managua acompañado de su esposa, y en seguida entró al ejercicio del poder.

Por esta narración de hechos que son recientes, se verá la inexactitud con que hablan los que dicen que el tratado Jerez-Cañas fué ajustado bajo la presión y el temor que nos inspiraba Costa Rica, alegato que a más de ser inexacto, es oprobioso para Nicaragua, que quizá nunca se ha levantado con más entereza, con más dignidad, que entonces para reprimir las tendencias del gobierno vecino.

Al tomar de nuevo el poder, se presentó a Martínez el asunto más grave, más trascendental de cuantos había entretenido; cabalmente, el tratado Cass-Irisarri, llamado por unos la *escritura de venta de Nicaragua*, y por otros *el filibusterismo pacífico* más en grande, y con más poder que el capitaneado por Walker. Martínez, después que lo leyó, dijo: «*Jamás llevará mi aprobación*». Así pensaban también muchos diputados; pero una sombra cubría su semblante cuando leían la correspondencia del Ministro, que decía: «*Ese tratado o la muerte*»; y por ello encarecía la aprobación, y que después se solicitasen algunas reformas. (1)

(1) Las intenciones de los Estados Unidos en Nicaragua por razón del canal o de una fácil comunicación entre ambos mares, no son, como muchos creen, de reciente data. El proyecto de tratado Cass-Irissarri es una prueba, y puede considerarse como génesis de la política de los Estados Uni-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Lo natural era que el Gobierno aprobase o no lo estipulado por su Ministro en Washington; pero Martínez no procedió así, sino que le puso un simple *pase* a la Asamblea, y ella no se fijó en esta fórmula, y entró a discutirlo, como aprobado por el Poder Ejecutivo. Los diputados, luchando entre el temor y el deber, no se fijaban en la resolución que debían dar, y quisieron oír los razonamientos del Gabinete, para lo cual enviaron una comisión a convidarle. El Presidente estaba enfermo; pero ofreció que iría el Ministerio, y expondría su modo de pensar, y que si había tiempo enviaría observaciones escritas, como en efecto las mandó, manifestando que la aprobación del tratado era una ruina segura, mientras que la venida de los filibusteros era incierta; que las consecuencias de aquél eran ineludibles, al paso que del filibusterismo podíamos salvarnos; que sobre todo, al convenir en un tratado semejante había ignominia a diferencia de la gloria de sostener una lucha por salvar la patria. Enviadas dichas observaciones, pasó el Ministerio a la Asamblea, a quien expuso los muchos artículos del tratado en que se había convenido una sociedad verdaderamente *leonina*, y aun explanó más las razones que el Presidente tenía para que el tratado fuese desechado.

El Presidente bien pudo devolverlo al Ministro en Washington con las reformas que creía necesarias; pero había oído a todos los diputados pensar en contra de aquel convenio, y creyó que a la República convenía que la desaprobación fuese obra de un Cuerpo colegiado y responsable que se reune y disuelve temporalmente, y no del Gobierno, permanente, diremos, respecto de los Congresos. Patriótico hubiera sido que el disgusto del Gobierno Americano hubiera recaído sobre la Asamblea, de quien podía prometerse un cambio en la reunión próxima, y no sobre el Gobierno, cuyo largo período no le daba esperanza alguna.

Por eso Martínez mandó el tratado a la Asamblea; pero como tenía una secreta desconfianza en sus deliberaciones, no quiso que constase su previa aprobación reservándose el *veto* para el caso inesperado de que ella lo aprobase. Así fué que tomó tanto empeño en que el mencionado cuerpo lo rechazase.

---

dos en Nicaragua. El proyecto, desconocido absolutamente por los nicaragüenses contemporáneos, "garantizaba—traduzco a Scroggs—una vía neutral y pública a través de Nicaragua; y facultaba a los Estados Unidos a usar fuerzas militares en caso necesario para la protección de las personas y bienes que habían de transitar por la ruta. Era el objeto de Buchanan (el Presidente de los EE. UU.) y de Cass (Secretario de Estado) establecer un camino seguro y neutral entre ambos océanos, abierto a todas las naciones en iguales términos, libre de interrupciones por causa de las guerras civiles del Istmo". (William O. Scroggs, *Filibusters and Financiers*, New York, 1916).

Al fin del Tomo se incluye íntegra la traducción del Tratado Cass-Irisarri.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

Luego que Cortés expuso cuanto el Presidente pensaba, el diputado Zeledón dijo: que pensaba así porque era un militar acostumbrado a los azares de la guerra, y que por tanto el temple de su alma no debía guiar a la Asamblea, que estaba colocada en la crítica posición de aceptar un tratado o la guerra; la anexión pacífica o la conquista, en cuyo caso era preferible decidirse por lo primero.

Así fué que en la sesión del 25 de marzo (1858) se procedió a la votación, y contra las esperanzas referidas, resultó aprobado con mayoría de votos aquel tratado que los mismos diputados calificaban de *escritura de venta de Nicaragua.*

El Presidente prorrumpió en tremendo enojo cuando oyó la aprobación, y despechado quiso suscribirla, pero llegado el lance se detuvo ante la suerte ignominiosa del país, y se arrepintió entonces de no haber devuelto el tratado sin someterlo al conocimiento de la Asamblea, porque en realidad, la aprobación de ella había hecho más grave, más trascendental el paso atrevido de devolverlo. Antes sólo se habría atraído el disgusto del Gobierno de los Estados Unidos; ahora el de éste en mayor escala, y además, la República misma de Nicaragua podía acusarle por todos los males que le viniesen a consecuencia de querer que prevaleciese su opinión aislada contra la de la Nación, expresada por la Asamblea Constituyente.

En esos días se había recibido Ministro de los Estados Unidos al General Lamar, quien altamente contento con la aprobación del tratado, pasó a cumplimentar al Presidente la tarde misma del día 25; pero como hemos dicho, estaba éste enfermo, padeciendo de *tealismo,* de suerte que la visita fué momentánea, y además el Secretario intérprete nada dijo respecto del convenio, que exigiese una respuesta sobre la determinación del Poder Ejecutivo.

El General Lamar mismo salió para Granada el día siguiente a proponer la compra de los terrenos adyacentes al Lago, y todos los extranjeros, especialmente los norteamericanos, se cruzaban con aire de triunfo procurando la misma adquisición. Esto martirizaba profundamente el ánimo de Martínez.

Nadie con más interés en este negociado que la antigua Compañía del Tránsito, con quien, mediante cierto número de acciones, se había amalgamado el Ministro Irisarri. Este nombró Secretario de la Legación al húngaro Schlessinger, de quien otras veces hemos hablado, y con tal carácter llegó a Managua con correspondencia del citado Ministro, apurando las amenazas de cien y cien enjambres de filibusteros, detenidos solamente por el brazo del Gobierno, que esperaba la aprobación del tratado.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

La vista del húngaro y sus exageraciones, acabaron de decidir al General a echarse sobre sí la más grande responsabilidad, antes que poner el *ejecútese* al referido convenio. Dispuso que en su oficina privada se escribiesen las observaciones para devolver el autógrafo, y por fortuna había la circunstancia favorable que pocos días después iba a disolverse temporalmente la Asamblea, y entonces, poniendo el autógrafo en manos del Diputado que la presidía, el paso dado permanecía oculto por bastante tiempo. El Presidente era en esos días don Agustín Avilés, el más aparente para confiarle el secreto, y en efecto, él recibió el paquete y lo conservó para dar cuenta a la Asamblea en la continuación de las sesiones.

En cuanto al Secretario Schlessinger, el General ordenó que lo despachasen en la oficina, sin permitirle que entrase a su habitación para evadir las preguntas que podía hacerle. Como la correspondencia para Irisarri y los papeles que se le mandaba era voluminosa y muy asegurada para evitar su apertura, el húngaro creyó que llevaba el tratado, y al desembarcar en Nueva York, le dió aviso por telégrafo a Irisarri, y éste al Presidente, y los corredores de noticias a los periódicos, de suerte que en un momento lo supo todo el público, y ya pensaban en venirse a Nicaragua los centenares de familias que entonces soñaban con el Istmo. Irisarri, al ver contrariado sus deseos, se indignó y repitió los inmensos males que había anunciado, pero que no se realizaron por fortuna de nuestro país. (1)

Así terminó aquel gravísimo asunto, que hoy no se comprende en toda su plenitud, por la infinidad de circunstancias que concurrían en esa época. El General Martínez demostró en esa vez el valor más elevado y el mayor patriotismo, al mismo tiempo que la resolución más enérgica, al decidirse a contrariar a un Poder colosal por una parte, y al Soberano de Nicaragua por otra. No tenía con quien consultar el paso; lo consultó sólo con su corazón, y se lanzó a darlo, fiado en la justicia que le asistía.

Al mismo tiempo que se ventilaba este arduo negocio, se trataba también el antiguo y enfadoso de límites con Costa Rica, que había ocupado a casi todas las administraciones precedentes. El Gobierno de El Salvador, por lo que acababa de suceder, vió el peligro en que permanecía Centro América dejando indecisa la cuestión mencionada, y se propuso mediar enviando al Coronel Pedro Rómulo Negrete, inteligente, activo,

(1) Scroggs, en su obra citada (pág. 358), afirma que Martínez odiaba a los americanos; que no quería ver abierta de nuevo la vía del Tránsito; que se negó a firmar la aprobación del Congreso, si bien no se atrevió a hacer pública esta negativa, pues cuando despachó a Schlessinger le entregó un paquete cerrado, diciéndole que contenía el tratado. Me parece más verosímil la relación de Pérez.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sagaz, que había asistido a la campaña nacional, quien obtuvo de ambos Gabinetes la aceptación y el deseo de entenderse en esta diferencia.

Ya vimos que la Asamblea Constituyente no había ratificado el tratado de 8 de diciembre (1857) que ajustó Martínez con el comisionado Cañas en Rivas, y que al desaprobarlo mandó, en decreto de enero (1858), al Gobierno que nombrase comisionados para concluír tratados de límites, amistad y alianza entre las dos repúblicas. Así fué que al presentarse el señor Negrete, el Gobierno se mostró con la mayor deferencia, porque cumplía un mandato del Soberano, y accedía a la interposición de un gobierno amigo.

Juárez hizo dimisión de la cartera de Relaciones, y en su lugar fué llamado Jerez en acuerdo de 9 de marzo (1858); pero éste, según informaron a Martínez, estaba disgustado del nombramiento, porque esperaba ser colocado en el Departamento del Interior, en cuya virtud, el Presidente creyó oportuno nombrarle Ministro Plenipotenciario para el arreglo de la inveterada cuestión con Costa Rica. Además, pensó él mismo que el arreglo de tal cuestión debía ser obra de los dos partidos para que ambos la apoyasen, y ninguno lo desvirtuase por atribuir al otro falta de amor patrio. Nada más político, que el jefe del partido liberal desempeñase la comisión, y que, si el arreglo era bueno, lo ratificase el partido conservador, que con gran mayoría dominaba en la Constituyente.

Jerez partió a Costa Rica, en cuya capital concluyó el tratado de 15 de abril, que sin oposición ratificó la Asamblea por considerarlo conveniente a la República. La armonía con Costa Rica la consideraba entonces Nicaragua, no sólo conveniente, sino necesaria por los constantes amagos del filibusterismo, y de allí fué que antes del tratado, cuando se arregló la paz en Rivas, la Constituyente dispuso una función religiosa en toda la República, para dar gracias al Todopoderoso, la cual se verificó el 2 de febrero con mucha solemnidad, dispuesta por don Agustín Avilés, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

Este arreglo, pues, nos dió alguna confianza contra las invasiones filibusteras, pero no tanto como el suceso que vamos a referir. Un violento portapliegos enviado por el Presidente de Costa Rica llegó a Managua, y era tal el gozo de Martínez que no podía leer la correspondencia que le presentó. Mora le decía que M. Félix Belly, emisario confidencial de Napoleón III, había llegado a San José y deseaba una entrevista con los presidentes de las dos repúblicas, en cuya virtud el señor Mora se vino a Rivas, y adelantó el portapliegos para que Martínez llegase sin tardanza. Este en el acto depositó el mando en el mismo diputado Avilés, a quien confió el objeto de la entrevista, lo mismo que a otros hombres impor-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tantes, y todos se regocijaban al ver que se realizaba una noticia divulgada anteriormente, de que Napoleón quería refrenar a los anglo-sajones del Norte, en defensa de la raza latina, de la cual pretendía ser el jefe en ambos mundos. El hombre naturalmente cree cuanto le halaga, y así fué que todos creían la misión secreta del citado Belly. Si éste no la contaba, no la desmentía; él era un famoso escritor, que traía por objeto el gran negocio del Canal, y por consiguiente le convenían esos rumores, de que, como se decía entonces, *tras su pequeña figura andaba el figurón del Emperador de los franceses.* Coincidió con su venida el arribo a Puntarenas de un buque de guerra francés, y hasta observaron que el capitán y empleados principales le hacían honores cuando pasaba cerca de ellos. (1)

---

(1) Aun a riesgo de ser prolijo no quiero omitir las referencias que sobre Monsieur Felix Belly trae Scroggs, sacadas a su vez de los documentos de Nicaragua y Costa Rica en los archivos americanos. La aventura de M. Belly, sobre todo su desenlace, se relaciona estrechamente con el problema actual de Nicaragua y los Estados Unidos y con la doctrina de Monroe. Según Scroggs, Belly era el agente de unos pocos y oscuros especuladores parisienses. Con cierta habilidad había dado a entender por la prensa que era representante del Emperador Napoleón III. Ganóse bien pronto al Presidente de Costa Rica General Mora, a quien declaró: "Desde algunos años me he consagrado a la causa de la independencia y libertad de Centro América, y no será culpa mía si el triunfo de esa causa no resulta de mi viaje". "Belly—dice Scroggs—negó que su misión fuera oficial, pero lo hizo de tal modo que se entendiera que lo negaba por razones diplomáticas. Declaró además que estaba íntimamente persuadido del interés de Luis Napoleón en el proyecto de canal, y tuvo la desvergüenza de presentar un proyecto de tratado entre Nicaragua y Costa Rica sobre el mutuo control del canal y goce de sus privilegios. En una semana persuadió a Mora no solamente de que firmara el tratado, sino también de que lo acompañara a Rivas a convencer a Martínez de que hiciera lo mismo". (Obra citada, pág. 359).

Para esta fecha Belly se encontraba sin un centavo. Sus amigos de París lo habían olvidado. Un paisano lo sacó del apuro y pudo continuar su juego.

Según Scroggs, en Rivas se firmó un "tratado internacional" por iniciativa de Belly. Este tratado daba a la compañía que formaría "Mr. Felix Belly, publicista" el privilegio exclusivo de hacer y administrar el canal por Nicaragua; que asimismo Belly indujo a Mora y a Martínez a concluir un tratado de límites en que Nicaragua hacía grandes concesiones de tierras a Costa Rica, y esta República se comprometía a ayudar a Nicaragua en caso de controversia con los Estados Unidos Por este tratado, Costa Rica venía a ser condueño de la ruta del Tránsito, y el tratado Cass-Irisarri, caso de llegar a ser aprobado, no tendría valor sin la ratificación de Costa Rica. Belly aseguró a los presidentes que contaran con el apoyo de Francia desde el momento que una compañía francesa se asociaría a ellos para construir el canal.

Luego que Belly consiguió la declaración de los presidentes de primero de mayo de 1858, hizo que ambos funcionarios le dieran el siguiente poder: "Rivas, 1° de Mayo de 1858. Nostros, Presidentes de las dos Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica: Considerando que una nueva invasión de filibusteros americanos amenaza otra vez a la América Central contra todas las leyes divinas y humanas; Considerando que la América Central, agotada con tres años de guerra, e impotente de defenderse sin el auxilio de Europa; Considerando que una resolución conjunta de los dos Gobiernos de Nicaragua y Costa Rica ha puesto solemnemente a las dos Repúblicas bajo la protección de Francia,

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Bien, pues, Martínez, acompañado de los señores Juárez y Cortés, llegó a Rivas, y sin perder un momento ajustaron con dicho M. Belly el Contrato de Canal de 1.º de mayo de 1858, que fué sometido y aprobado con muchas reformas por la Asamblea de Nicaragua, y después por el Poder Legislativo de Costa Rica.

Hasta allí se creía que criados estos intereses europeos en Nicaragua, la Francia tenía ya un motivo para no permitir la ocupación de nuestro territorio; pero se quería algo más que comprometiese a las potencias del Viejo Mundo, y en esto nadie tenía más razón que el Gobierno de Nicaragua.

Martínez vivía en continuo despecho; los males hechos por los filibusteros los atribuía a la nación norteamericana, la cual consideraba como un pueblo sin Dios y sin conciencia. Por desgracia, los ministros o comisionados que aquí venían no guardaban la mejor conducta, y en tal estado quiso aprovechar el momento de aquella entrevista para exhalar las quejas que tenía, entablando una acusación contra los americanos ante el mundo civilizado.

Vamos a publicar la declaración hecha allí por los dos Presidentes, la cual consideramos no conocida aun de los contemporáneos. Ella no sólo revela el temple de alma de los firmantes, si no la resolución más completa al arrojar tanto

---

Inglaterra y Cerdeña; Considerando en fin que el peligro es inminente y que urge conjurarlo sin esperar el efecto de las disposiciones que aquellas potencias protectoras juzguen oportuno tomar; damos plenos poderes a M. Felix Belly para pedir en nuestro nombre el auxilio inmediato de todos los barcos de guerra europeos que encuentre. Le encargamos especialmente que solicite el envío a San Juan del Norte de uno o dos barcos de la estación francesa de las Antillas. Y ponemos a las dos Repúblicas de Costa Rica y Nicaragua en la América Central enterameute bajo la garantía del derecho de gentes europeo, y de la legislación especial contra piratas y bucaneros. (Firmado) *Tomás Martínez.* Refrendado. El Ministro de Relaciones Exteriores (firmado) *Gregorio Juárez.* (Firmado) *J. R. Mora.* El Ministro de Relaciones Exteriores (firmado) *Nagorio Toledo*". (British State Papers, XLVIII, 695-6).

Martínez rogó a Belly que a su llegada a San Juan del Norte siguiera una investigación oficial sobre la reciente expedición de Kinney, y pusiera los hechos en conocimiento de Luis Napoleón. Termina Scroggs con este comentario; "La Historia nos da pocos casos tan notables de ópera bufa como el convenio de Rivas entre Belly y los dos Presidentes".

Belly, al llegar a Nueva York se encontró que el *Herald* publicaba a grandes títulos: "*Desautorización de M. Belly.*" Era una declaración del Gobierno Francés negando que tuviese alguna relación con M. Belly y declarándolo un aventurero. El juego de M. Belly llegó a causar inquietud en los Estados Unidos entre los defensores de la doctrina de Monroe y hasta avivó el entusiasmo, ya frío, por expediciones filibusteras. La desautorización devolvió la calma. Cuando Belly, de regreso a Europa, desembarcó en Liverpool sólo tenía 18 francos en el bolsillo. El secretario de la Legación de Honduras le facilitó dinero para seguir su viaje. De París pudo volver a Nicaragua, pero ya aquí estaba completamente desacreditado. (Ob. ct. 360-3).

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

oprobio a la nación vecina y formidable de los Estados Unidos del Norte.

Al ver semejante documento aquellos a quienes se les confió lo calificaron de una completa locura, y vaticinaron muchos males que vendrían sobre el país.... «¿Cree Ud.» preguntaban al General, «que las potencias europeas vengan a pelear por defendernos?» «No lo creo, mas espero que algo harán por una débil nación que apela a ellas, so pena de manifestar su timidez a la República del Norte. Y en cuanto a ésta, está hoy colocada en la necesidad de detener las expediciones vandálicas para desmentir lo que hemos hecho».

Vamos a conocer este memorable documento, y después diremos algo de sus consecuencias.

Declaración

En la ciudad de Rivas, a 1º de Mayo de 1858.

Los Jefes Supremos de las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, reunidos en Rivas, después de haber arreglado las diferencias que dividían a las dos Repúblicas, y restablecido la paz y la más completa armonía entre ellas, de común acuerdo, y para afianzar la independencia y seguridad de los dos países y de toda la América Central.

Considerando: que una nueva invasión de filibusteros norteamericanos amenaza otra vez la independencia de Costa Rica y Nicaragua, a despecho de todas las leyes que protegen a las naciones y garantizan la vida y propiedades de los ciudadanos en países civilizados.

Que esta invasión, reprobada oficialmente por el Gobierno de los Estados Unidos, se está preparando en realidad bajo su patrocinio como medio eficaz de tomar posesión definitiva de la América Central, si ésta se niega a entregarse voluntariamente a los Estados Unidos.

Que hasta el presente, todos los agentes oficiales de los Estados Unidos en Nicaragua han sido cómplices y auxiliares de los invasores, obrando como amos y teniendo la osadía de izar la bandera de los Estados Unidos en lugares donde sólo debiera ondear la bandera de Nicaragua, tales como en San Juan del Sur, y amenazando descaradamente a la América Central con una anexión inevitable.

Que el Ministro actualmente acreditado en Nicaragua se jacta en público de proponer perentoriamente el siguiente ultimatum: posesión legal de Nicaragua, por medio de la ratifi-

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cación del tratado Cass-Irisarri, o nueva invasión de filibusteros organizada ya en Mobile bajo bandera americana. (1)

Que además el Gobierno de los Estados Unidos, según informes oficiales trasmitidos al de Costa Rica por su Ministro Plenipotenciario en Washington, ha declarado que es del todo impotente para impedir nuevas tentativas de filibusteros o para proteger la neutralidad de la América Central, a causa de la ineficacia de las leyes de los Estados Unidos sobre la materia.

Considerando: que tres años de guerra devastadora han privado a las dos Repúblicas de los medios de resistir un nuevo ataque de millares de bandoleros; que las ciudades de Nicaragua han sido total o parcialmente destruídas; que su comercio ha sido aniquilado, su población diezmada; y que después de una tenaz resistencia que prueba su patriotismo, tendrán que sucumbir ante la superioridad del número, si la Europa no se digna por fin defenderlas contra tentativas sin ejemplo en el siglo diecinueve.

Solemnemente declaran:

1.°—Que ponen el precitado convenio referente al Canal de Nicaragua, bajo el patrocinio de la culta Europa, apelando a la justicia y humanidad de todos los pueblos cristianos contra los ataques de piratas y bucaneros, de quienes han sido víctimas durante tres años.

2.°—Que ponen la independencia y nacionalidad de las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica bajo la garantía de las tres potencias que hicieron respetar la independencia y nacionalidad del Imperio Otomano: Francia, Inglaterra y Cerdeña.

3.°—Que suplican a los gobiernos de las potencias citadas que no dejen por más tiempo indefensas las costas de la América Central, sus ricos terrenos a merced de los bárbaros y el futuro tránsito del comercio del mundo sin una fuerte garantía de libertad y neutralidad.

4.°—Que se comprometen a aceptar en nombre del pueblo de la América Central las condiciones que los sobredichos poderes les impongan para otorgarles la ayuda que reclaman, con tal que las leyes públicas de la Europa civilizada se extiendan a todos los Estados de América, imponiéndolas por la fuerza, si necesario fuere, a aquellos que tan audazmente las atropellan.

En fe de lo cual firmamos la presente declaración.—*Tomás Martínez. Juan Rafael Mora*».

---

(1) No era mal fundada esta opinión. El historiador norteamericano Scroggs no disimula que Washington veía con buenos ojos las expediciones filibusteras a Nicaragua. Hablando del Teniente John J. Almy, Comandante del *Fulton*, cuya misión era vigilar las probables expediciones filibusteras que salieran de Mobile, se expresa así: "He (Almy) found public sentiment very favourable to the movement, and there was a general opinion that the Whashington administration was disposed to wink at such enterprises". (Pág. 320).

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

Para la mayor claridad de este asunto llevaremos hasta el fin el hilo de la narración. Vuelto Martínez al poder concibió el pensamiento de mandar una Legación a los Estados Unidos, que le pareció necesaria por los asuntos de Gobierno y por los muy intrincados con la Compañía del Tránsito. El General tenía algunas sospechas del Ministro Irisarri, desde que nombró Secretario a Schelssinger, y de allí era que no quería encomendarle la celebración de otro tratado. Pensó además que el enviado debía ser Jerez para que el paso fuese provechoso aun a la política interior del país. Le escribió con tal fin, y la contestación fué aceptando, con la única condición de que se le nombrase Secretario al autor de esta Biografía.

Jerez partió sin tardanza, aprovechando una visita del General Martínez a las fortalezas del Río San Juan, donde quedó éste dando medidas de seguridad, y aquél continuó a su destino.

Al desembarcar en New York encontró aquel país en la más terrible agitación a la vista de la *Declaración de los Presidentes*, que uno de los Ministros Americanos había mandado de Europa en esos mismos días. La llegada de Jerez fué anunciada en todos los periódicos, y como era natural, cuántos personajes le hablaban le preguntaban sobre la autenticidad de la *Declaración*; pero él calculó que el Gobierno de los Estados Unidos, por medio de su Ministro en Nicaragua, interpelaría a este Gobierno, y como no podía calcular su respuesta, lo mejor era evadir las preguntas allá para evitar una complicación.

Así era que Jerez se limitaba a contestar que había estado en Costa Rica, y a su llegada a León le había llamado el Presidente para darle los poderes de que estaba investido.

La conmoción de la Gran República no era tanto por las injurias estampadas en el documento referido: era especialmente porque el Gobierno y el pueblo creían en la intervención francesa. Allá se pensaba que Belly era Agente de Napoleón, y que todo lo arreglado y escrito en Rivas era por su influencia. La Francia era quizá el único poder que los Estados Unidos respetaban, y así fué que el Gabinete de Washington desplegó todo su poder en averiguar la verdad. La Francia y la Inglaterra se conmovieron a su vez procurando satisfacer a los Estados Unidos de que no tenían participio en la apelación de Rivas, y antes bien la Inglaterra se manifestaba ansiosa de desprenderse del protectorado con que había tomado posesión de San Juan del Norte y Costa Mosquitia de Nicaragua. Al efecto, mandó a Sir William Gore Ouseley instruído para entenderse con el Gobierno de los Estados Unidos y después pasar a Nicaragua a cumplir su misión.

Jerez obtuvo una conferencia privada con el Presidente, el cual le manifestó que no lo recibiría en su carácter oficial antes

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que se resolviese el asunto de la *Manifestación* encomendado al Ministro Americano en Nicaragua, el cual informó algún tiempo después la autenticidad de dicha Declaración, y que habiendo pedido satisfacción, el General Martínez se negaba a darla.

El Gobierno Americano sentaba el dilema de que o la satisfacción o un cambio de mandatario. Que sin esto, cerraría sus relaciones con Nicaragua mientras daba cuenta al Congreso, y resolvía lo que debía hacerse.

Los ministros de Francia, Inglaterra y Cerdeña se reunían diariamente con Jerez para encarecerle que diese la satisfacción pedida, y que no esperase una ruptura entre estas potencias y los Estados Unidos con quienes les ataban grandes intereses que no podían posponerse.

De todo había dado cuenta Jerez al Gobierno de Nicaragua, y la última respuesta del Presidente Martínez era que al firmar la *Declaración* no estaba en el mando, sino el Diputado Avilés, de suerte que el Gobierno no era responsable, sino personalmente el que la firmó.

Los ministros europeos, Sir William Gore en cuenta y Jerez mismo, veían esta contestación muy frívola, pero sin embargo, este último se propuso hacer un esfuerzo, y encontró un momento favorable. Mora había dado una plena satisfacción, y el mencionado asunto de la Declaración tenía ocupada la mente del Gobierno Americano más de cuatro meses.

Buchanan dijo: que la contestación de Martínez no era satisfactoria, pero que se conformaba con ella, porque cualquier paso de su Gobierno dañaría al pueblo nicaragüense, a quien él tenía motivos para considerar. Recibió pues la Legación, y este acto causó grande sorpresa a todo el Cuerpo Diplomático que había predicho lo contrario.

Así pues se desenlazó el memorable asunto de la Declaración; y en cuanto a sus consecuencias nos bastará referir que a continuación de la recepción oficial de Jerez, el Plenipotenciario de S. M. Británica salió para Nicaragua: llegó a León el 21 de diciembre (1858) donde se hallaba el Gobierno que lo recibió el 26. (1)

---

(1) Desconocedores nuestros políticos de aquella época del celo de los Estados Unidos por la doctrina de Monroe, creyeron lanzarle impunemente un desafío; sin embargo, la Declaración de los Presidentes repercutió en aquella República como una campanada de alarma. Inmediatamente el Secretario de Estado Cass urgió al Ministro de los Estados Unidos en Nicaragua y Costa Rica Mr. Mirabeau B. Lamar para que averiguara si la Declaración era auténtica o no, pues en el primer caso los Estados Unidos tomarían entre manos el asunto, aunque "la causa de la ofensa haya sido Francia o Inglaterra, o cualquiera otra nación con un gobierno bien establecido que sabe apreciar sus deberes con países extranjeros". Que notificara a los Gobiernos de Nicaragua y Costa Rica que si del convenio con Belly resultaba perjuicio a los intereses adquiridos de ciudadanos americanos, se exigiría completa indemnización. Respecto de la intervención europea en asuntos

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

El discurso del señor Ouseley fué muy alusivo a la Declaración tantas veces referida, como puede verse en la parte que dice:

«Habría sido para mí un placer y un deber en todo tiempo contribuir al efecto indicado; pero mis esfuerzos serán más gustosamente empleados ahora que los intereses de la humanidad y la política me llaman para un acto decisivo por parte de las naciones civilizadas y comerciales en defensa de esta y de las repúblicas vecinas contra los ataques piráticos de hombres sin leyes..... ¡Es lamentable ser testigo de tan cruel barbarismo!

Esos actos de estos mal guiados aventureros han excitado una fuerte indignación en los corazones de soberanos ilustrados de las naciones marítimas más poderosas en ambos lados del Atlántico, quienes han resuelto que desmanes de esta naturaleza no serán por más tiempo tolerados».

Tal fué la promesa de Ouseley en nombre de su Gobierno, promesa que, sea dicho de paso, no fué vana o dicha al aire, porque algún tiempo después, Walker hizo una nueva tentativa, y aunque la inició por Honduras, un buque británico lo capturó y entregó a las autoridades del vecino Estado, que ultimaron al bandido, y sus inicuos proyectos de conquistar a Centroamérica. En tal virtud, el pensamiento de la Declaración, que al principio se vió como temerario e infructuoso,

---

americanos, los Estados Unidos habían manifestado desde hacía tiempo su oposición a tales procedimientos y la sostendrían bajo cualesquiera circunstancias. Finalmente, debía declarar a los Presidentes que a no haber sido por las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, hubiera triunfado la invasión que llevaron a Nicaragua sus mismos ciudadanos, y que debían el poder que ahora disfrutaban al hecho de haberse ejecutado aquellas leyes. A cambio de la fidelidad de estas obligaciones, el Gobierno Americano era objeto ahora de una indigna acusación ante el mundo. Mucho tiempo había condescendido el Gobierno Americano a causa de la debilidad de Centro América, pero ahora, sin ser injusto con ella, se haría justicia a sí mismo. Con objeto de respaldar tal acción si fuere necesario, se mandan barcos de guerra a San Juan del Norte, El Realejo y San Juan del Sur. (Scroggs, 363).

Tres veces tuvo que preguntar enfáticamente Lamar al Gobierno de Nicaragua si era auténtica o no la Declaración de los Presidentes. Martínez contestó que en efecto el documento existía, pero que él lo había firmado en su carácter particular y no como Presidente, y que era, por lo tanto, la manifestación del deseo de un ciudadano que quería ver a su país libre del filibusterismo.

Después de obtenida esta declaración, Lamar pasó a Costa Rica y exigió iguales satisfacciones al Presidente Mora. Este manifestó que se daba al manifiesto una errada interpretación, y que cuando fué escrito, el temor a una invasión de filibusteros era tan grande que su país prefería entregarse como colonia a cualquier nación que quisiese protegerla. Más tarde Mora manifestó en una carta que eran infundados los conceptos del manifiesto y que confiaba en la buena fe y rectas intenciones del Presidente de los Estados Unidos. Esto era el 16 de Setiembre de 1858; el 25 del mismo mes, Martinez firmaba una declaración parecida. (Scroggs, pg. 365).

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

no pudo haber tenido un resultado más feliz y consecuencias más favorables al país, puesto que nadie, después de Walker, ha vuelto a amagarnos con expediciones filibusteras.

El Gobierno británico hizo aun más celebrando con el de Nicaragua tratados de amistad, de comercio, postal, y sobre todo, una convención relativa a la Mosquitia, en cuya virtud devolvió el puerto de San Juan del Norte, que diez años antes nos había quitado y era ya reconocido como una posesión inglesa bajo el nombre de Greytown. Nicaragua todo celebró esta devolución, que ha contado entre los actos venturosos de la Administración Martínez. (1)

Volvamos ahora al punto en que suspendimos la narración.

Como la confianza que reinaba bajo la Junta de Gobierno continuó reinando bajo la Administración Martínez, las guarniciones, salvo las de los puertos expuestos a invasiones, eran de gendarmes o tan pequeñas que demandaban muy poco gasto. Los empleados, desde el Presidente hasta el último oficinista, tenían tan reducidos sueldos, que eran pagados puntualmente a pesar de la situación de la Hacienda Pública. Y a la verdad, no es preciso entrar en detalles para conocer dicha situación, que valúa cualquiera que considere que, asolado el país por la guerra civil y por la nacional, no quedaba nada existente, sino que había de crearse todo. Los que han dicho que Nicaragua estaba cubierto de ruinas y de cenizas, no han expresado una hipérbole; han hablado una verdad que reconocen todos los contemporáneos.

Debido a la pequeñez del Presupuesto y a la economía más completa, el Presidente pudo comenzar la reconstrucción de la Casa de Alto, antigua mansión del Poder Ejecutivo, que ya sabemos fué incendiada por los filibusteros.

Martínez era susceptible; todavía no había alcanzado la paciencia que necesitan los gobernantes para hacer el bien. Estuvo algunas veces dispuesto a abandonar este trabajo, y otros materiales que había iniciado, al ver que en Managua, entre los mismos interesados en la Administración, criticaban sin reserva y con mucha acrimonia el reparo de la casa de gobierno. Pero en fin, se venció él mismo con la necesidad del edificio y la mezquindad de la crítica.

La Nacionalidad

La Administración Martínez, predestinada a la reorganización de la República, debía gozar de un gran prestigio fundado en acontecimientos que arrebatasen la admiración pública. Ningún gobernante anterior a él había podido con-

(1) Véase la nota al párrafo XXI de *Mis Recuerdos* que se insertan más adelante en este tomo.

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cluír su período en paz, aunque no excedía de dos años, porque o era occidental, y el oriente le era opuesto, o viceversa, de suerte que el Estado vivía en un vaivén parecido al de los mares. Esa era nuestra suerte, hasta que tal vez la Providencia, condolida de tanta sangre y de tantas lágrimas vertidas en la guerra civil y en la nacional, deparó un hombre, el que menos se esperaba por su ninguna ciencia, que infundiese confianza a los dos pueblos rivales, que ambos lo creyesen propio, ambos estuviesen contentos de verle en el poder. Martínez por su nacimiento, por su padre y por su arraigo era leonés; por la madre, por sus simpatías políticas y por su matrimonio fué granadino, en cuya virtud reunió en sí las circunstancias más casuales para mantener satisfechos a los departamentos que lidiaban por la posesión del mando.

Bien, pero esto no bastaba para conservar una ilusión política: eran necesarios grandes hechos para confirmarla, y la suerte preparó dos que no pudieron ser más propios para decorar la entrada de la Administración: el «*Veto al Tratado Cass-Irisarri*» y la «*Declaración de Rivas*», de que hablamos antes, y que concurrieron a salvar al país de peligros exteriores.

El Gobierno por sí había buscado la solución de la cuestión con Costa Rica, tan antigua como fecunda en males, y no hay duda que en aquella vez, que se creyó terminada para siempre, se vió como un paso conducente a la paz interior y a la fraternidad nacional.

Entonces para completar el cuadro era preciso levantar otro monumento, y ninguno en esa época tan necesario como el de la Nacionalidad Centroamericana.

El General Martínez, habituado al comercio, sin pretensiones y sin esperanza alguna de ascender al Mando Supremo, había creído que el filibusterismo iba a causar la nacionalidad; mas cuando vió pasar semejante peligro, creyó que se perdía la oportunidad más bella para llegar a un punto tan deseado. Había que celebrar entonces la rara coincidencidencia de que todos los gobiernos de Centroamérica fuesen homogéneos, en cuanto a que mandaba en todos los Estados un mismo partido, o al menos simpáticos en principios y en intereses.

Quiso en tal concepto, y lo procuró de corazón, hacer un esfuerzo para no malograr aquella época tan propicia. Creía que era más glorioso contribuír a la Unión Nacional, que mandar una república llena de escombros, y que si nada alcanzaba, salvaría su nombre del justo cargo de la posteridad de no haberse hecho tan grandioso bien.

Al efecto, instruyó al Ministro Cortés de cuanto pensaba y le mandó redactar la Manifestación que se dió a luz, que se leyó con tanto aplauso, y a la letra es como sigue:

COLECCION CULTURAL BANCO DE AMERICA NICARAGUA, C.A.
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org